

Nuevos hallazgos prehistóricos en el casco urbano de Mérida



**TERESA BARRIENTOS VERA
JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA
ANA MONTALVO FRÍAS**

INTRODUCCIÓN

Desde finales del siglo XIX existen indicios de una presencia anterromana en el solar que posteriormente sería ocupado por el pomerio de la ciudad de *Augusta Emerita* representados, fundamentalmente, por el llamado "carrito de Mérida". Este objeto de bronce, referido por vez primera por M. Lafuente en su compendio de historia española (1887) y que no sería objeto de un estudio detallado hasta cuarenta y cinco años después, cuando fuera adquirido para el Museo de Antigüedades Nacionales de St. Germain en Laye (Francia) (Forrer, 1932), define una primera época en el conocimiento de la Mérida prerromana que puede caracterizarse por la imprecisión de los datos y la naturaleza hipotética y conjetural de las conclusiones que se podían alcanzar sobre las primeras ocupaciones de la ciudad. Son un puñado de objetos, cronológicamente encuadrables en la Primera Mitad del Primer Milenio a. C., los que, de manera difusa, testimoniaban una posible habitación protohistórica del solar emeritense. Al referido "carrito" habría que sumar un tesoro del Bronce Final compuesto por diversas piezas áureas que hoy se conservan en el British Museum de Londres (Almagro-Gorbea, 1977); una figura de bronce en pose y atuendo egipcizantes emparentable con producciones fenicias de los siglos VIII y VII a. C. adquirida en París en 1913 y actualmente en la Hispanic Society of America

(Hibbs, e.p.; Bisi 1980; 1986) y un fragmento cerámico correspondiente a un *kerinos* con referentes en Chipre y Grecia en época arcaica, hallado, al parecer, en la Alcazaba (Blázquez, 1977). Dada la absoluta ausencia de referencias contextuales concernientes a estos objetos y su carácter siempre excepcional, ni por sí mismos ni en su conjunto han bastado para confirmar de manera fehaciente la existencia de una Mérida anterromana. Tuvieron que pasar cien años desde que M. Lafuente publicara el "carrito" para que esta situación cambiase sustancialmente, iniciándose una nueva etapa en el conocimiento arqueológico de la Mérida Prehistórica que podemos hacer coincidir con los años ochenta y noventa del presente siglo, cuando el Consorcio de la Ciudad Monumental (antes Patronato) comienza a desarrollar un control efectivo sobre todos y cada uno de los solares que se construyen en la capital autonómica.

El primer fruto de esta nueva etapa, caracterizada por el conocimiento de los restos en su contexto y por la fiabilidad absoluta en cuanto a la procedencia de los datos, se produjo en 1987, durante la excavación de unos mausoleos romanos próximos al Albarregas. Entre las tierras de relleno aparecieron numerosos fragmentos cerámicos adscribibles al denominado "horizonte de las cazuelas carenadas", que habitualmente se venía situando en la transición



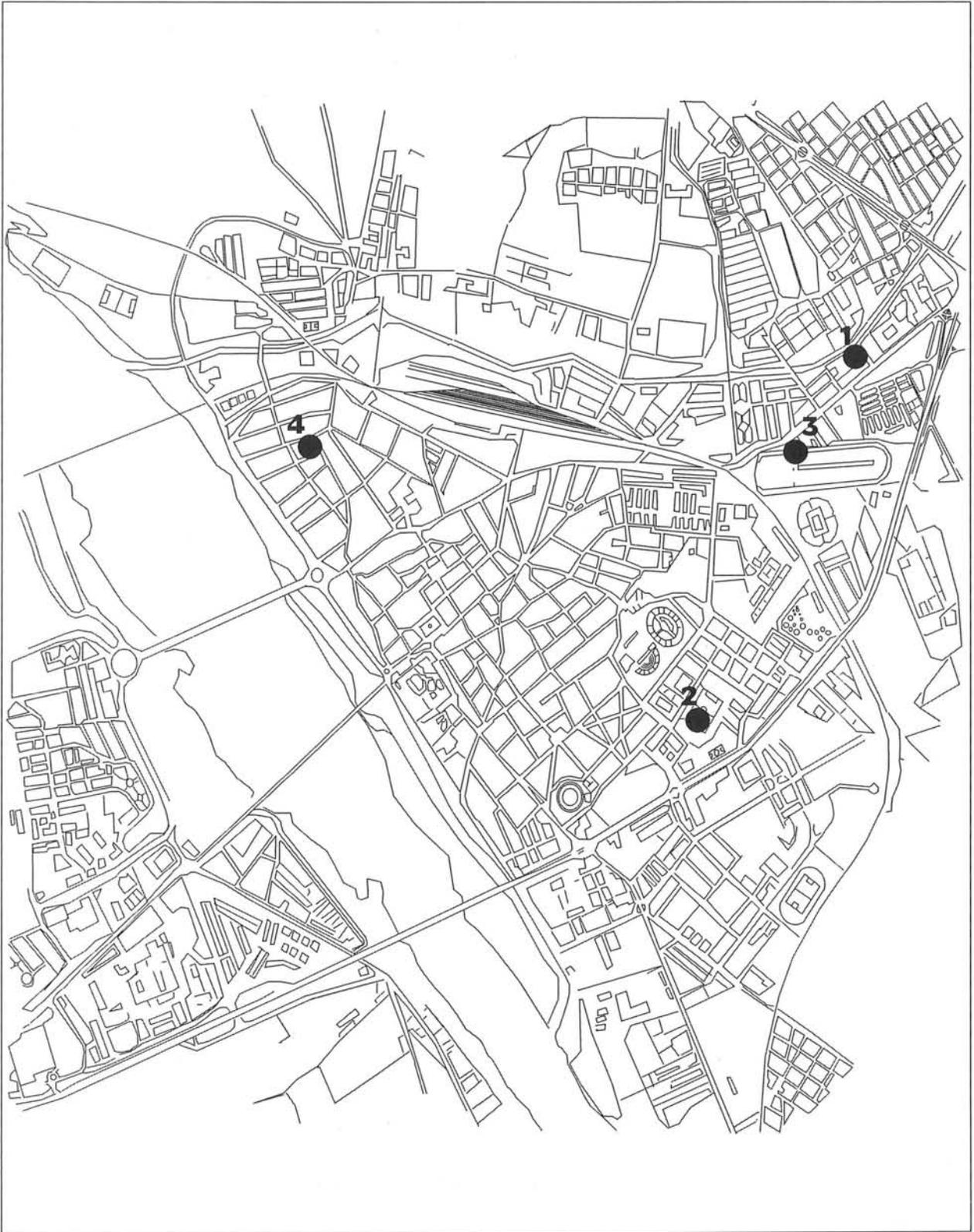


LÁMINA 1

Situación de los yacimientos estudiados en el texto dentro del parcelario de Mérida



del Neolítico al Calcolítico del Suroeste peninsular y que hoy tiende a valorarse como más propiamente Neolítico. Aunque no se hallaron estructuras prehistóricas, todo hacía pensar que los restos muebles pertenecían a un poblado abierto situado en las proximidades de la necrópolis romana (Enríquez y Gijón, 1989), algo que han venido a confirmar algunos de los datos que aquí recogemos. Con posterioridad, se han reconocido dos silos prehistóricos en la zona arqueológica de Morería que, por los materiales que contenían, se han adscrito a la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro, en torno al siglo VIII a. C., aportando novedades sustanciales al conocimiento de la ergología de este período en la región como la presencia de cerámicas grafitadas (Jiménez y Barrientos, 1997).

Con este trabajo pretendemos enriquecer el repertorio de sitios excavados en Mérida en los que han aparecido materiales prehistóricos: los restos de la Avenida Juan Carlos I (lámina 1, 1^a) deben relacionarse con los hallazgos de la necrópolis del Albarregas, confirmando la existencia de un poblado neolítico final en este punto, como testimonian

las estructuras documentadas en la excavación. Mayor novedad plantean los restos del Cerro del Calvario (lámina 1, 4), cota en la que, dadas sus características topográficas, siempre se ha sugerido la posibilidad de una estación prerromana. Los restos confirman la existencia de un poblado calcolítico con estructuras excavadas en la roca al que se superponen las evidencias de ocupación romana. Menos elocuentes son los restos hallados en el estadio de fútbol durante las excavaciones de 1995 (lámina 1, 2) o los hallazgos realizados en los trabajos del Circo Romano (lámina 1, 3), dada su escasa representatividad. Sin embargo, parecía oportuno recogerlos por cuanto demuestran la intensidad y riqueza de la ocupación prehistórica de Mérida. Aparte de los datos que se recogen en este trabajo y de los citados restos del Albarregas y de Morería, han aparecido también en esta misma zona arqueológica algunos objetos aislados y fuera de contexto correspondientes a industrias líticas sobre cuarcitas y cerámicas a mano de adscripción prehistórica que, a última hora, no han podido incluirse en este estudio.

– 1 –

LOS SITIOS

1. Avenida Juan Carlos I

Durante el mes de febrero de 1990, y con motivo de las obras para la construcción de unas viviendas en un solar situado en la Avenida Juan Carlos I (hoja 11.N, manzana 15183, solar 01), se hizo necesaria la realización de unos sondeos con el fin de determinar la existencia o no de vestigios arqueológicos. La aparición de estructuras arqueológicas motivó la excavación de las zonas no sondeadas

mecánicamente con el fin de determinar la extensión e importancia de los restos.

El solar se encuentra en el interior de la ciudad, en un espacio que comienza a urbanizarse a partir de la segunda mitad del presente siglo, en torno a una gran avenida de ensanche. Desde antiguo la zona ha destacado por los hallazgos arqueológicos, fundamentalmente de tipo funerario de época romana (Barrera, 1989; Molano y Alvarado, 1993; Enrí-

1 Agradecemos a I. Arroyo, A. Crespo, J. Suárez y F. Isidoro el tratamiento informático de la parte gráfica.

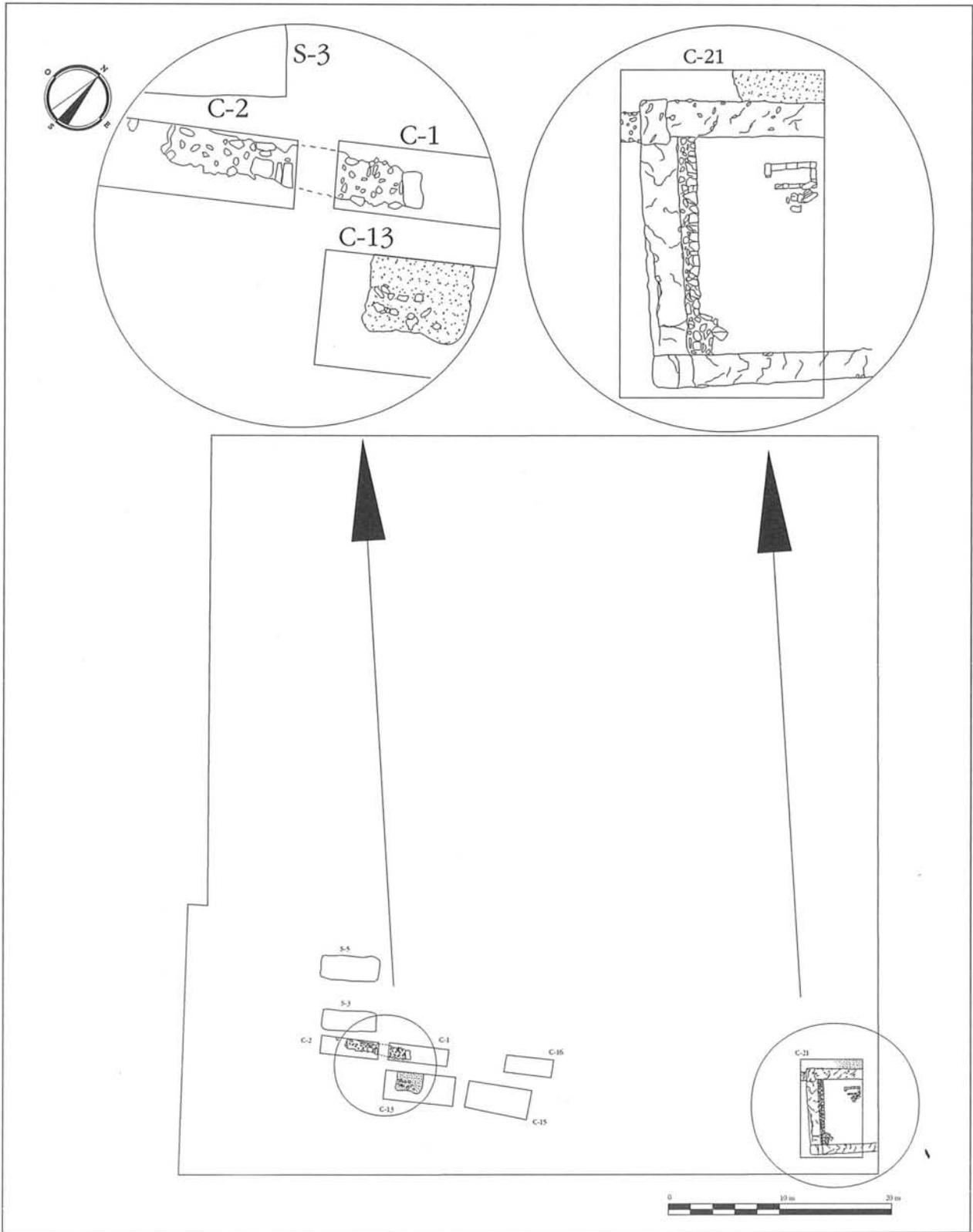


LÁMINA 2
Planta de la excavación en la Avenida Juan Carlos I

quez y Gijón, 1987). La propia avenida se ha venido identificando en su trazado, de una manera aproximada, con la vía romana que en dirección norte se dirigía hacia *Caesaraugusta*. El terreno se encuentra a una cota de 212,91 m. en la misma ribera del río Albarregas, en su margen izquierda. La naturaleza geológica de los suelos viene definida por materiales arcilloso-limosos de tonalidad pardo-anaranjada bajo los que aparecen cantos rodados.

La parcela excavada tiene una forma más o menos cuadrangular, con unas dimensiones de 61 x 66 x 58 x 66 m (lámina 2). Como primer planteamiento se dividió el área del solar en dos sectores, identificados mediante letras mayúsculas, A y B, separados por un espacio intermedio que constituía la zona de acceso. El sector A se situó en el lado suroeste de la parcela, mientras que el sector B se localizaba en el cuadrante sureste. La excavación se adaptó a los sondeos efectuados, dispersos en el solar, lo que condicionó el trazado y ubicación de los cortes. El proceso de excavación se realizó mediante el levantamiento uniforme de capas artificiales de 20 cms., sin embargo, en el momento de analizar la estratigrafía, se han agrupado dichas capas en dos estratos arqueológicos que se corresponden con dos fases de ocupación claramente diferenciadas, siendo la primera de ellas prehistórica y la segunda ya romana, correspondiente a los mausoleos y las tumbas de la llamada «necrópolis oriental». Por lo que respecta a la fase prehistórica, hay que decir que asociados a ésta se exhumaron varios niveles con cierta homogeneidad en varios puntos de la excavación, aunque fue en el corte 13 donde pudo analizarse de una forma más exhaustiva su contexto estratigráfico.

Situado en el sector A, el corte 13 poseía unas dimensiones de 6 x 2,5 m. Previamente a la excavación, se había retirado con medios mecánicos un relleno de un metro de potencia correspondiente, por un lado, a la nivelación que obligaría al acondicionamiento de la carretera que delimita el corte en

el lado sur, y por otro, al derribo de las estructuras pertenecientes a construcciones contemporáneas existentes en el solar. Este nivel de relleno se depositaba sobre un estrato de tierra de color castaño-oscuro, de unos 40-50 cms. de potencia, muy compacta, en la que se recogieron abundantes materiales romanos mezclándose entre ellos alguna cerámica prehistórica.

Bajo este nivel subyacía un estrato que es el que define esta primera ocupación del solar. Se trata de una tierra de color grisáceo, oscura, con abundante materia orgánica. Ocupaba, en el lado oriental del corte, una extensión aproximada de 2,10 x 1,5 m. y una potencia de 55 cms., presentando una superficie casi circular, aunque no pudo ser delimitada completamente al introducirse bajo los perfiles de la excavación y estar afectado en el lado occidental por una zanja con materiales modernos que impedía la continuidad del estrato. Todo el mobiliario perteneciente a este nivel correspondía a materiales arqueológicos prehistóricos, entre los que cabría destacar la presencia de pellas de barro, carbones, conchas de moluscos, restos óseos de fauna, cerámicas facturadas a mano y útiles líticos. Cortaba este nivel al estrato natural del terreno, caracterizado por una tierra de color pardo-limoso, sobre la cual se depositaba.

Niveles de características similares y asociados al mismo tipo de material se documentaron en el sector B, en el corte 21, bajo la cimentación de la cara externa del muro suroeste de un edificio funerario. Consistía en una bolsada de tierra de color grisáceo, de dimensiones y forma indeterminadas ya que no pudo procederse a su excavación total. Los materiales asociados a este estrato fueron, como en el corte 13, cerámicas elaboradas a mano, fragmentos de carbón y moluscos. La construcción de estas estructuras romanas pudo provocar el arrasamiento de los niveles prehistóricos.

En el sector A, más concretamente en los cortes 2 y 16, se pudo constatar de nuevo la presencia de



un estrato con idénticas característica en cuanto a tonalidad, composición y posición estratigráfica, sin que pudieran ser bien delimitados.

En los perfiles de los sondeos mecánicos, realizados previamente a la excavación en ambos sectores del solar, se pudieron apreciar bolsadas de idénticas características en cuanto a composición y color, tanto en el sondeo 3 como en el 5, recogándose en ambos cerámicas prehistóricas.

La excavación proporcionó un importante volumen de materiales, fundamentalmente cerámicos, habiéndose aislado más de 500 elementos inventariables. La industria lítica es escasa, reduciéndose la muestra prácticamente a un único útil sobre lámina de sílex. Los elementos relacionados con actividades agrícolas, como molinos de mano, molederas, etc., son inexistentes, por tanto carecemos de elementos directos que avalen las actividades que en ese sentido pudieron practicar estas gentes. En cuanto a los elementos metálicos hay que señalar que, del mismo modo, están ausentes en el yacimiento, como es propio de los horizontes anteriores a la Edad del Cobre. Los restos faunísticos fueron más bien escasos y están pendientes de un estudio pormenorizado. Algunos de ellos se presentaban completamente calcinados. No faltaban los restos de conchas vinculables a una actividad recolectora.

Es, por tanto, la cerámica el elemento más abundante y mejor caracterizado y casi el único que permite una determinación cultural de los restos arqueológicos.

Se clasificaron un total de 558 piezas, de las cuales 351 fragmentos pertenecían al corte 13. La mayor parte de los restos recuperados correspondían a fragmentos sueltos, aunque no faltan piezas casi completas.

Las características técnicas de la muestra permiten definirlos como cerámicas facturadas a mano, con cocciones mayoritariamente reductoras. Las superficies de los recipientes tienen unas tonalidades irregulares predominando los tonos castaños-

grisáceos. En líneas generales, el desgrasante es de naturaleza inorgánica, de tamaño medio o grueso. El tratamiento de las superficies presenta gran variedad de soluciones, que van desde la ausencia de acabados, que se reconocen por las superficies rugosas y groseras; el alisado que, a su vez puede ser tosco o más fino, y los tratamientos más cuidados como los espatulados. En un solo caso, coincidente con el único fragmento de plato de borde engrosado recuperado en la excavación, se ha documentado el uso de la almagra para variar la tonalidad de la superficie.

La cerámica es mayoritariamente lisa, siendo muy excepcionales las decoraciones, que se limitan a sucesiones de mamelones no funcionales (un fragmento) e impresiones lenticulares, que se reconocen en dos ocasiones.

La tipología presenta una variada gama morfológica en la que *a priori* se reconoce la tabla característica del denominado horizonte de las cazuelas carenadas del Suroeste peninsular. Precisa y significativamente ésta es una de las formas más abundantes, con un 29,15 por ciento sobre el total de la industria cerámica del yacimiento (lámina 17, 1). Las cazuelas de la Avenida de Juan Carlos I coinciden en lo básico con lo que es propio de esta forma en los yacimientos coetáneos: se trata de recipientes pandos y abiertos de gran tamaño, que superan en la mayoría de las ocasiones los 40 cms. de diámetro, y revisten una enorme variedad como es propio de las vajillas elaboradas a mano. Las carenas, siempre bajas, suelen situarse tras la vertical del borde aunque no faltan las que eluden esta regla y que originan perfiles de paredes verticales e, incluso, salientes. Los bordes también adquieren secciones muy diversas, desde las redondeadas hasta las biseladas y apuntadas (lámina 3).

Adaptando la ergología cerámica a las propuestas de síntesis publicadas para la Cuenca Media el Guadiana, tropezamos a continuación con los vasos de tipología diversa (lámina 4). Por lo general se tra-

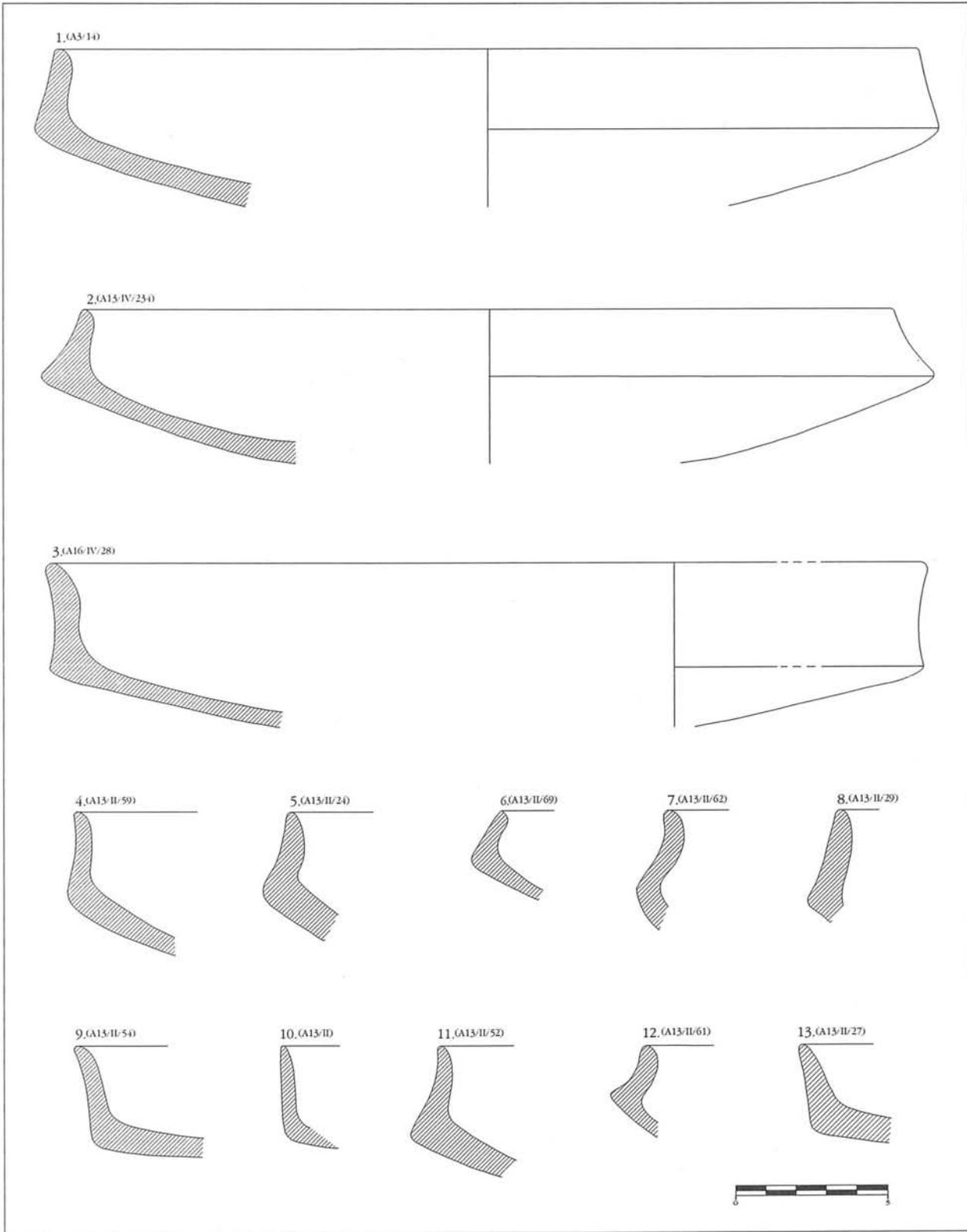


LÁMINA 3
Materiales de la Avenida Juan Carlos I: cazuelas carenadas

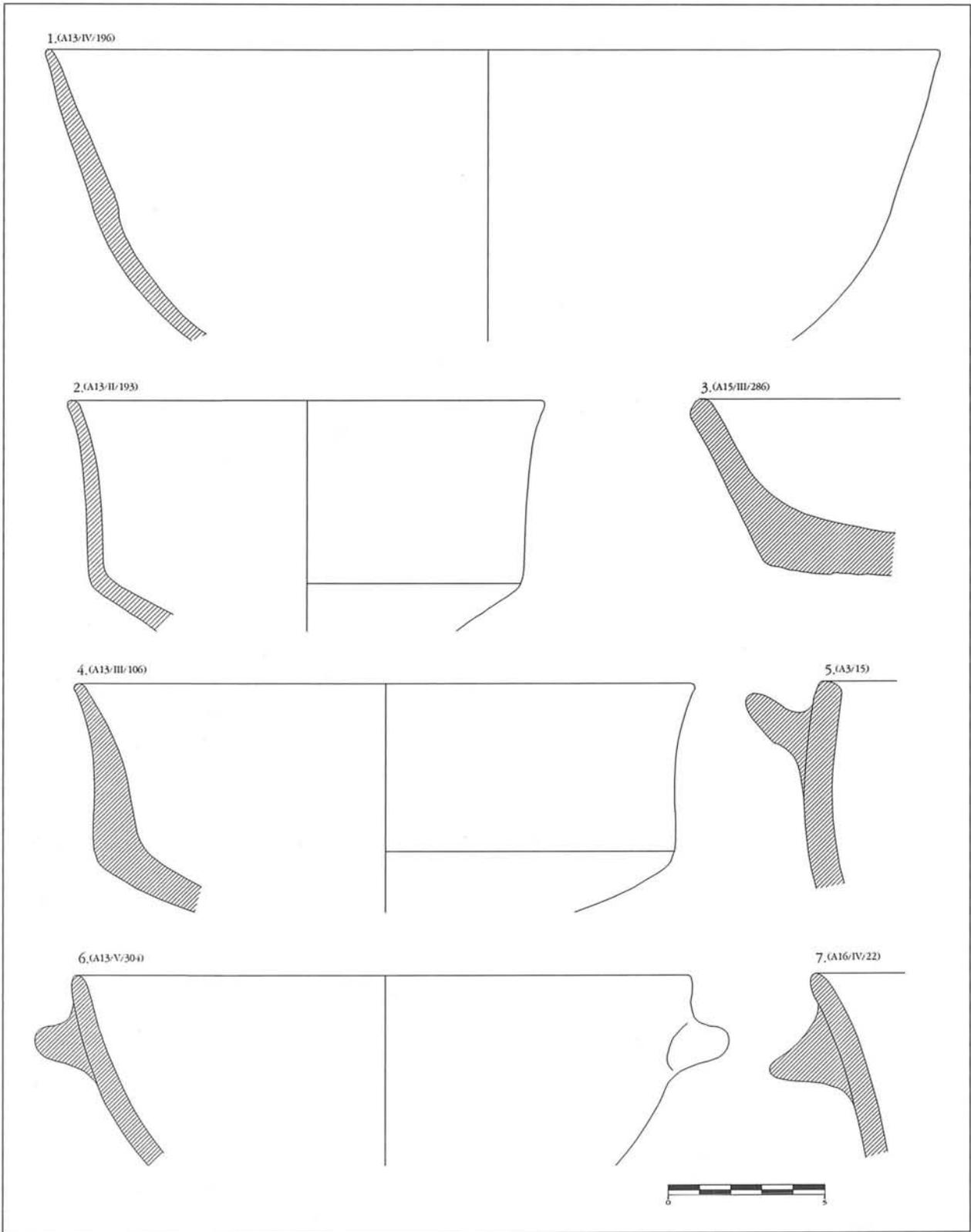


LÁMINA 4

Materiales de la Avenida Juan Carlos I: vasos

ta de recipientes abiertos, de paredes rectas o salientes que, en algún caso, se muestran carenados, alejándose éstos de las cazuelas por su inferior diámetro o sus distintas proporciones que los convierten en recipientes mucho más profundos. Un buen número de ellos se dotan de mamelones como elementos de suspensión, si bien no es descartable que algunos (los menos destacados) cumplan una función decorativa. La importancia numérica de este variopinto grupo se sitúa en el 12,35 por ciento.

Hemos preferido aislar de este grupo de vasos a la especie de las ollas, caracterizada por sus paredes entrantes y su tamaño medio-grande que permite reconocerlas como vasijas propias para cocinar. Las ollas son numéricamente muy importantes superando, incluso, a las cazuelas con un 42,6 por ciento del total. Las más típicas son las globulares, de paredes curvadas y entrantes, de bordes normalmente sencillos, si bien en algunos casos se insinúan golletes o se refuerzan los labios al interior. Algunos ejemplares, de inflexión baja, recuerdan los perfiles periformes documentados en ciertos poblados del cuadrante suroccidental (lámina 5). También existen ollas de paredes rectas (lámina 5, 9) y ollas carenadas, normalmente con las paredes entrantes y las carenas bajas (lámina 6, 2-4), bien representadas en otros poblados de esta fase y durante todo el Calcolítico, si bien no faltan anómalos ejemplares de carenas elevadas más difícilmente rastreables. Un buen número de ollas, por último, se dota de mamelones que, al igual que veíamos para el caso de los vasos, son muy variados y no siempre entendibles bajo una perspectiva de funcionalidad (lámina 7).

Algo más monótonos son los cuencos, forma que alcanza el 12,54 por ciento, si bien se documenta cierta variedad en su profundidad, su tamaño (aunque a partir de en torno a los 20-25 cms. de diámetro se identificarían con vasos u ollas) y la apertura de sus paredes que van desde las muy abiertas hasta las ligeramente entrantes, siendo éstas menos abundantes (lámina 8).

El repertorio cerámico se enriquece, finalmente, con algunas formas muy escasamente representadas desde el punto de vista numérico, pero que, en algún caso, reviste cierto interés reseñar. En esta línea están las ollas de borde ligeramente en S o abotelladas (lámina 9, 1), por ser forma típica de los horizontes neolíticos, o los platos de borde engrosado (lámina 9, 2) constatados a través de un único ejemplar provisto de engobe rojo de almagre. La presencia de esta forma, característica de los horizontes posteriores, es desde el punto de vista estadístico irrelevante, con menos del 0,2 por ciento. Otras formas varias son algún tipo de plato carenado (lámina 9, 3) de perfil escasamente típico, o las cucharas (lámina 9, 7), mucho mejor representadas en las estratigrafías de en torno al Tercer Milenio a. C. en la península.

Por último, cabe hacer alusión a las cerámicas decoradas, aunque ya se han adelantado algunos datos al respecto. El primer elemento que destacar es su baja presencia (tres fragmentos) que sorprende, incluso, habida cuenta la escasez de decoraciones en los poblados de este horizonte que cuentan con buenos repertorios de materiales y donde nunca es tan bajo el porcentaje. Los procedimientos decorativos tampoco son precisamente los más usuales del Suroeste —la incisión—, documentándose aquí algunas sucesiones verticales de pequeños mamelones sobre ollas de paredes entrantes (lámina 9, 4) e impresiones lenticulares sobre dos fragmentos amorfos (lámina 9, 5 y 6), en un caso a la altura de una inflexión indicada (lámina 9, 6).

Dentro de la industria lítica sólo cabe aludir a un cuchillo sobre lámina de sílex, fragmentado en uno de sus extremos, de sección triangular, con retoque abrupto vertical en el borde y frente curvo (lámina 9, 8). A pesar de la abundancia de estos bienes en los horizontes coetáneos, en Mérida debe subrayarse su calidad de objeto importado al no encontrarse yacimientos de esta materia prima en las proximidades.

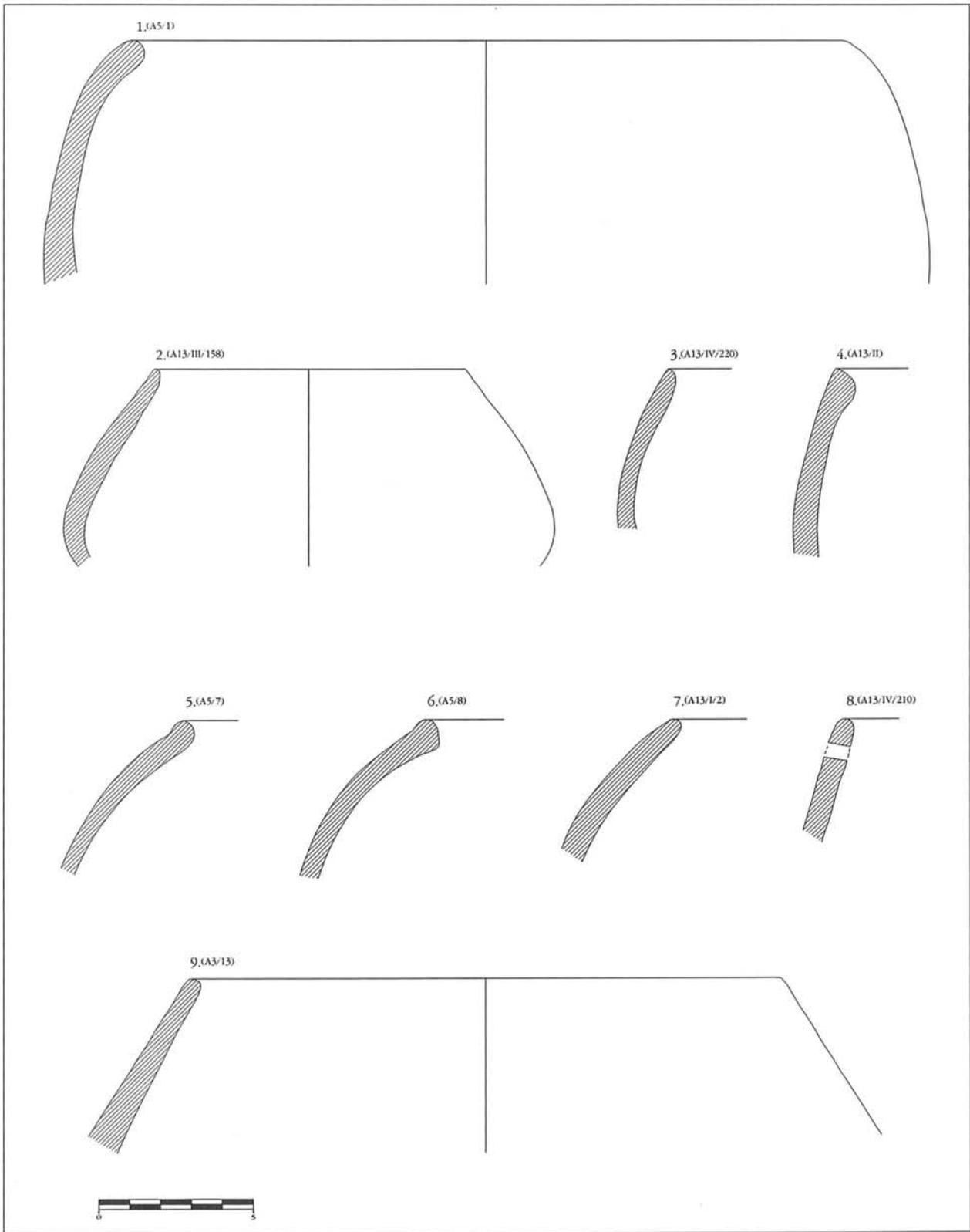


LÁMINA 5

Materiales de la Avenida Juan Carlos I: ollas globulares

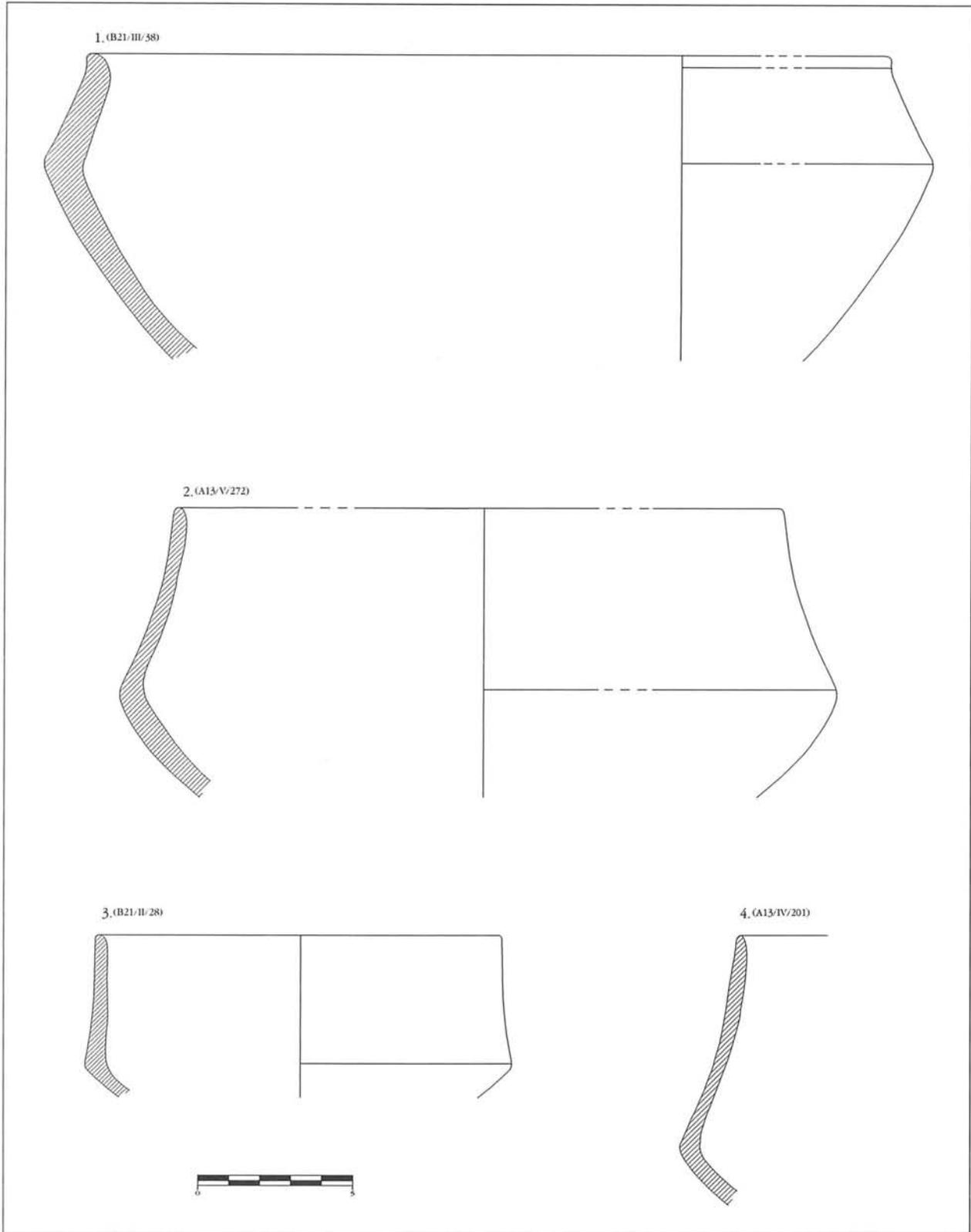
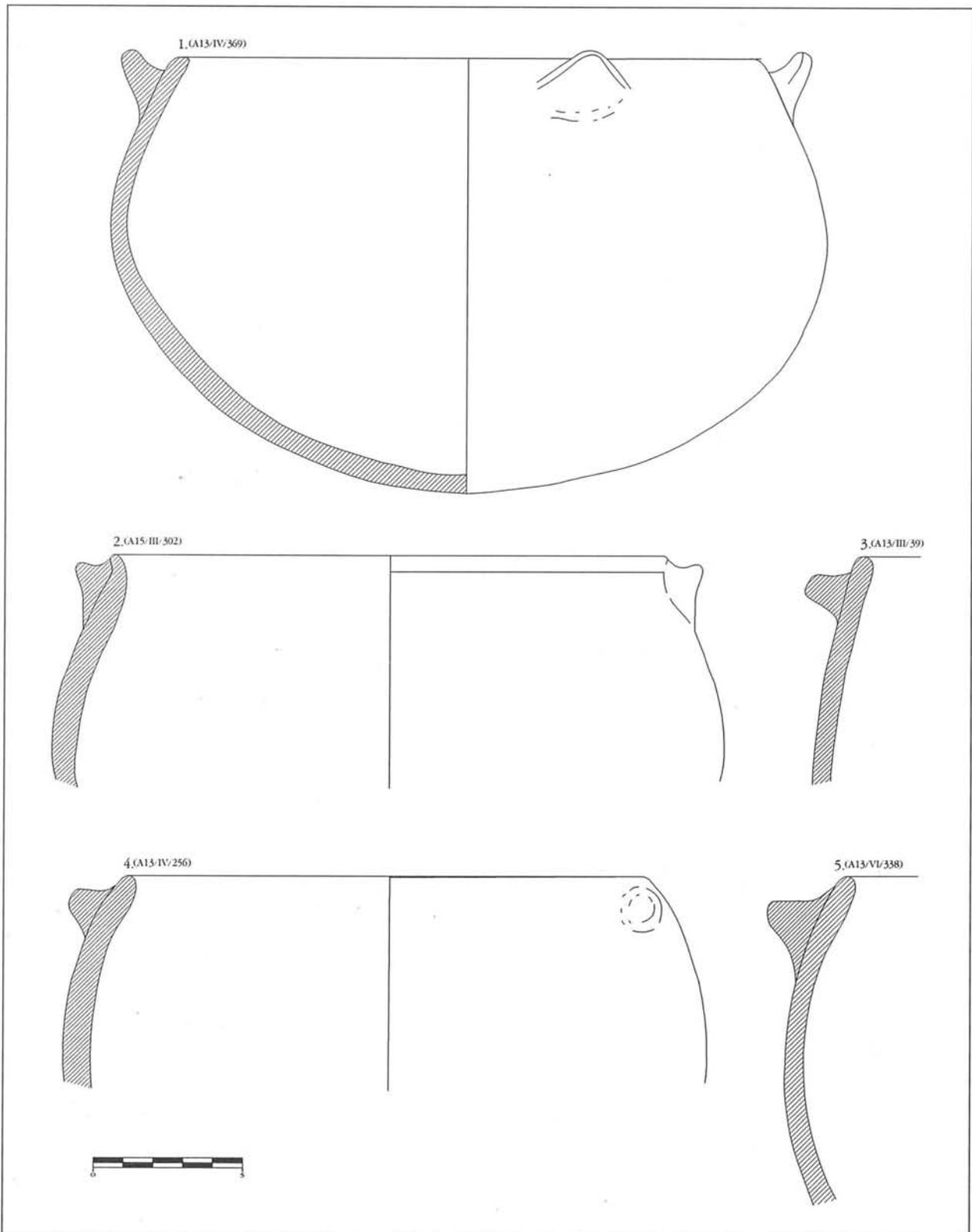


LÁMINA 6
Materiales de la Avenida Juan Carlos I: ollas carenadas



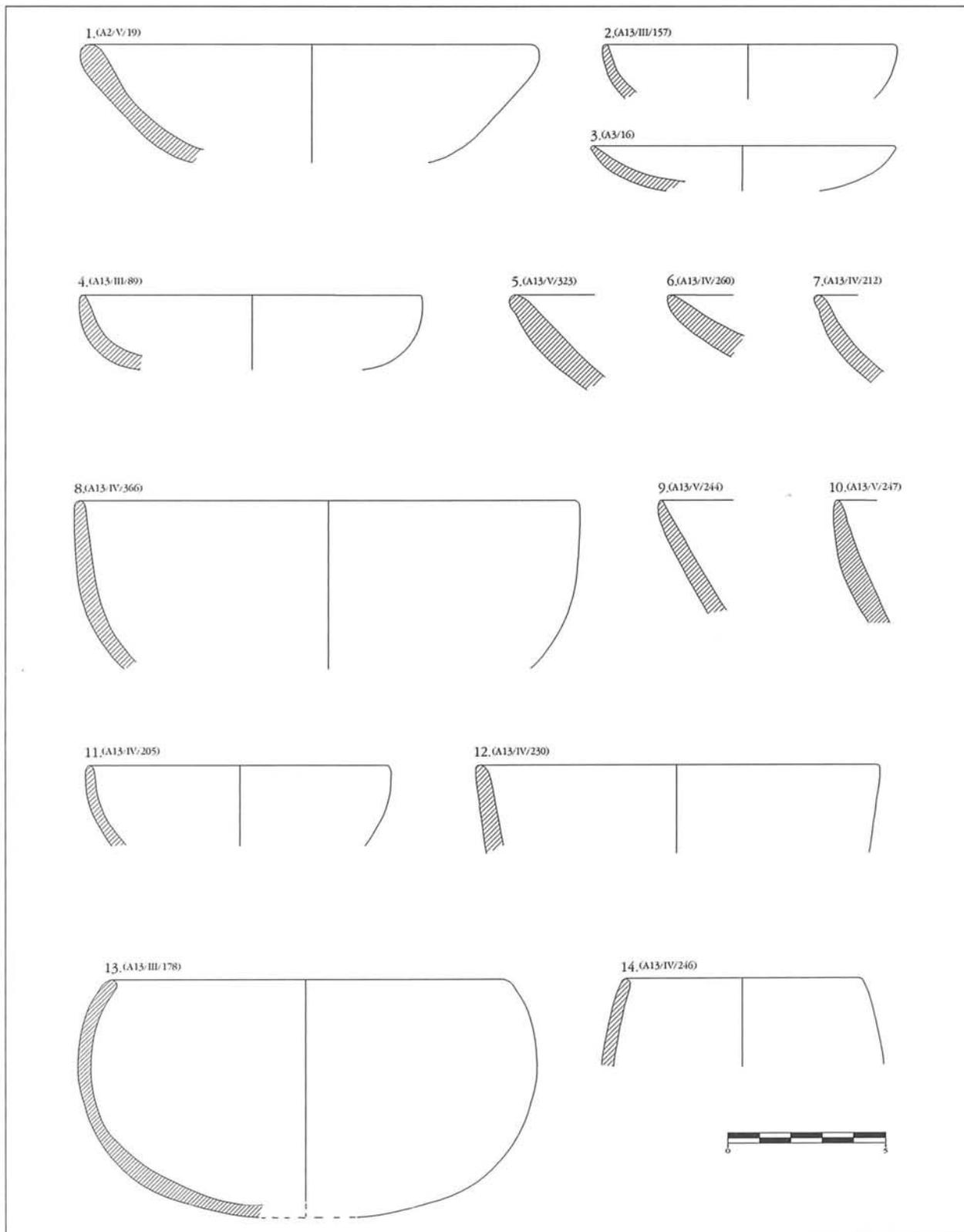


LÁMINA 8
Materiales de la Avenida Juan Carlos I: cuencos



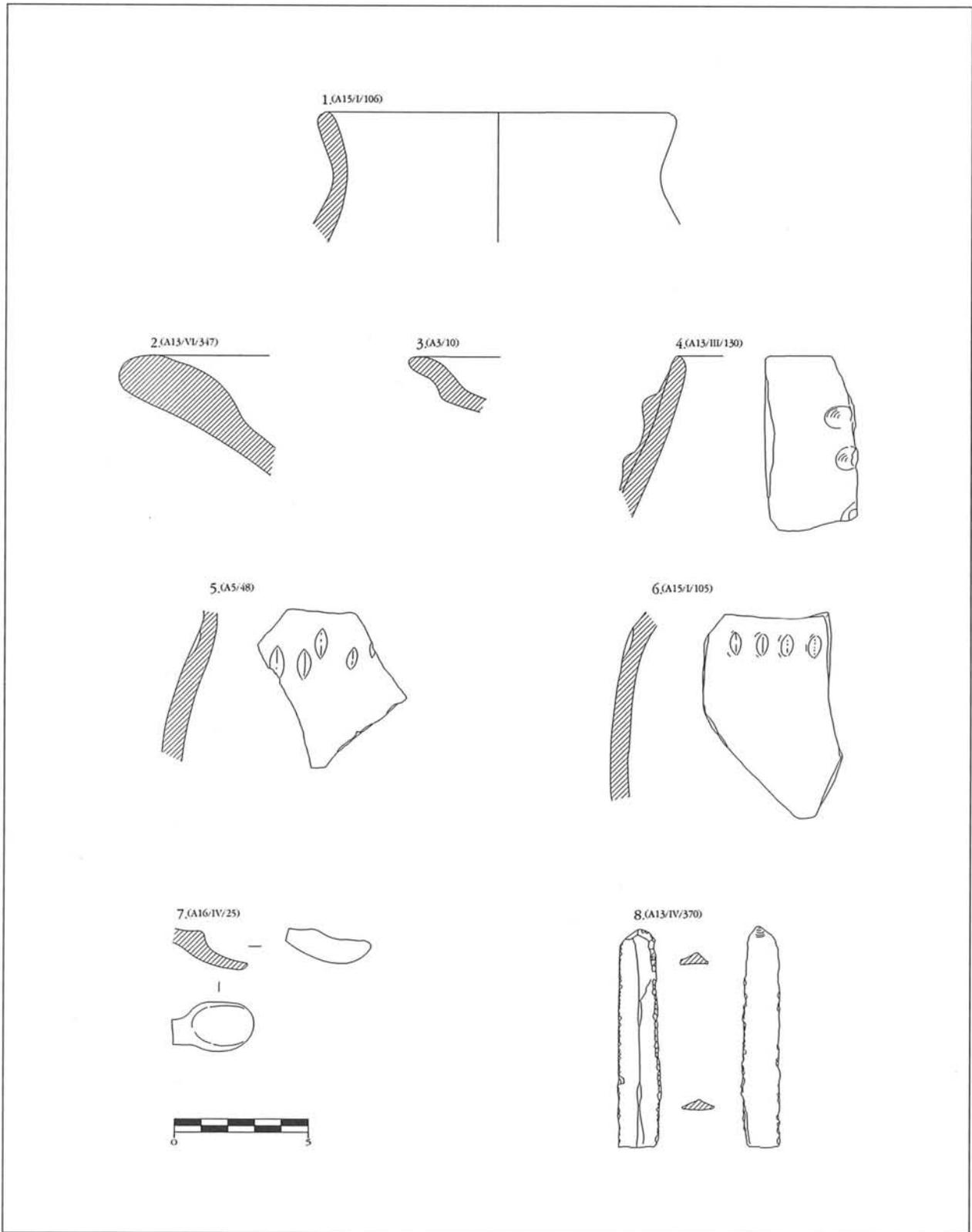


LÁMINA 9

Materiales de la Avenida Juan Carlos I: formas varias, fragmentos decorados e industria lítica

Todo el plantel tipo-estadístico nos relaciona inmediatamente con el denominado horizonte de las cazuelas carenadas del Suroeste que últimamente se viene situando en el Neolítico Final, en lugar de en una fase transicional Neolítico-Calcolítico donde era usual emplazarlo hasta hace algunos años. Particularmente ilustrativas en este sentido son las cazuelas epónimas que aparecen en yacimientos de la misma comarca natural de la Vega del Guadiana como Araya –en el mismo término de Mérida– (Enríquez, 1981-82; 1988), Santa Engracia en Badajoz (Celestino, 1989) si bien aquí los platos de borde engrosado son más abundantes, Camino de Las Meriendsa en La Garrovilla (Enríquez, 1990) etc. O, en un marco más amplio, los poblados como Papa Uvas (Martín de la Cruz, 1985; 1986) en la provincia de Huelva o La Marismilla en la de Sevilla (Escacena, 1994). Huelga citar como referentes los materiales de la necrópolis del Albarregas en Mérida, pues, a todas luces, se trata del mismo yacimiento. Otros elementos a tener en cuenta de cara a sostener esta adscripción son la presencia –aunque tímida– de decoraciones o la gran abundancia de mamelones, que son bastante menos frecuentes en horizontes posteriores.

Si atribuimos un valor fechador a la relación entre platos de borde engrosado y cazuelas carenadas habríamos de admitir que nos encontramos en uno de los poblados de este horizonte Neolítico Final más antiguos de la región.

A raíz de los datos proporcionados por la excavación arqueológica se puede hacer una valoración de los restos exhumados que hemos asociado a una primera ocupación del solar, en época prehistórica. Si nos atenemos al análisis de los materiales arqueológicos y sus características tipológicas, aceptando la tradicional tipología cerámica como marcador cronológico, podemos encuadrarlos dentro de un horizonte cultural muy bien definido, denominado “horizonte de las cazuelas carenadas” que viene situándose en recientes valoraciones en los últimos

momentos del Neolítico. Materiales arqueológicos con la misma tipología fueron exhumados en una excavación efectuada en un solar próximo, que provenían del relleno de unas tumbas romanas, y que sus excavadores estimaron que podían pertenecer a un poblado asentado en las inmediaciones que se arrasaría por su utilización posterior como zona de necrópolis (Enríquez y Gijón, 1989). Analizadas las evidencias de tipo estratigráfico, podemos afirmar que realmente estamos ante la presencia de un poblado.

Si valoramos además otro tipo de factores, como son aquellos referidos a la topografía del lugar, su situación en llano al aire libre, la proximidad a una zona con recursos acuíferos y el carácter de las tierras, aptas por su gran fertilidad para la explotación agrícola, así como su potencial cinegético, hacen que estas zonas sean elegidas como áreas de población idóneas para pequeñas comunidades sedentarias que representan un modo de vida típico que se traduce en poblados pequeños asociados a actividades recolectoras, agrícolas y cinegéticas que definen la adscripción de este tipo de poblados a ese horizonte Neolítico (Enríquez, 1990).

En cuanto a la interpretación de los niveles estratigráficos exhumados en la excavación que documentan esta fase prehistórica, por sus características, podrían ser interpretados como fondos de cabañas, aunque, como hemos reflejado con anterioridad, la ubicación posterior en el lugar de estructuras romanas contribuyó a su arrasamiento, si no total, al menos parcialmente. Ello sin olvidar que la propia proximidad del río debió potenciar el lavado de las mismas. No obstante, no hay que descartar que algunos de estos estratos, que no pudieron ser excavados en su totalidad, puedan responder a silos o basureros, ambas subestructuras domésticas muy débiles y de difícil conservación.

En cuanto a la cronología absoluta, no se ha realizado ningún tipo de análisis en este sentido por lo que hay que atenerse únicamente a las datacio-

nes propuestas para los poblados de este mismo horizonte que viene situándose dentro de la primera mitad del Tercer Milenio e, incluso, a finales del Cuarto Milenio a. C. Yacimientos bien conocidos de esta fase son los ya referidos de Araya (Enríquez, 1981-82; 1988), Alcazaba de Badajoz (Valdés, 1979), Santa Engracia (Celestino, 1989), que coinciden con lo que se ha calificado de colonización pacífica de la Cuenca Media del Guadiana (Hurtado, 1995). Este horizonte está, igualmente bien documentado en el Sur Peninsular a través de yacimientos como Papa Uvas en su fase II-III (Martín de la Cruz, 1985; 1986) o el horizonte Vale Pincel II en el Bajo Alentejo portugués (Silva y Soares, 1975).

2. Estadio de Fútbol²

Con motivo del ascenso a Primera División del equipo de fútbol local en la temporada 95-96 se desarrollaron una serie de obras de mejora y ampliación en el estadio municipal que fueron objeto del preceptivo control arqueológico. Durante los trabajos de excavación, amén de un buen número de sepulturas romanas y otros restos de actividades industriales y artesanales de la misma época, se documentó un fondo prehistórico al que ya se ha hecho alguna alusión bibliográfica (Márquez, 1997; Enríquez, 1997).

El estadio de fútbol se implanta en la parte más alta de una loma que se integra en una serie de suaves formaciones similares que se elevan desde el curso del Guadiana, que fluye a apenas un kilómetro de distancia, hacia el suroeste. A pesar de que se trata de una de las zonas de mayor cota de Mérida, próxima al cerro de San Albín, debe señalarse que por su configuración, se aparta del ideal de cerro elevado.

La única estructura prehistórica documentada en esta intervención está constituida por un pequeño rebaje redondeado trabajado en la roca diorítica, que conservaba unos 20 cms. de altura y 50 cms. de diámetro (lámina 10, 1). En la excavación se le otorgó el número 55 a esta unidad. En este fondo se halló una vasija cerámica invertida y prácticamente completa, a falta de la base que, presumiblemente, habría desaparecido conjuntamente con el resto del alzado de la estructura y su relleno. Las dimensiones de este rebaje y su configuración hacen que, valoradas las limitaciones del registro, lo interpretemos como un fondo de silo más que de cabaña o de estructuras de habitación. A lo largo de la excavación aparecieron en las inmediaciones de esta estructura un par de depresiones de características similares cuya cronología prehistórica, a falta de restos materiales en sus rellenos, no es posible confirmar.

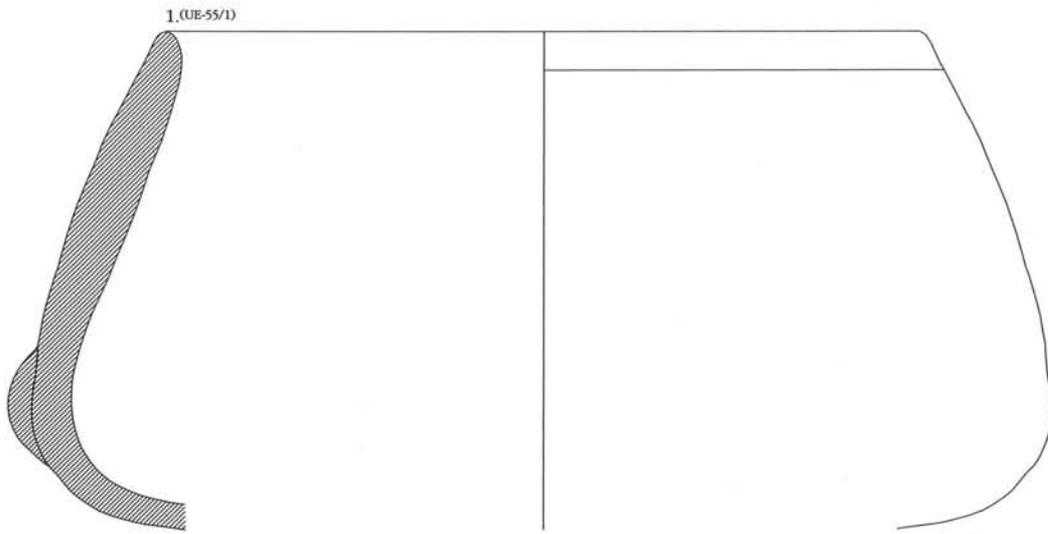
El único vestigio ergológico de época prehistórica recogido en esta excavación es, por tanto, la vasija incompleta de la unidad 55. Se trata de una pequeña olla de paredes rectas y entrantes, de inflexión baja y provista de un único mamelón en la zona curva (lámina 10, 2). Está elaborada a mano, sobre cerámica de pasta oscura que ha sufrido una cocción a fuego oxidante y un tratamiento superficial consistente en un fino alisado. Aunque la forma no es suficientemente representativa para adjudicarle una cronología fiable, un repaso a los yacimientos más característicos de la Prehistoria Reciente del Suroeste y de los poblados de este mismo período en el entorno más inmediato pueden arrojar cierta luz al respecto. En este sentido, el referente más próximo quizá se encuentre en el propio poblado de la Avenida Juan Carlos I ya analizado (lámina 5, 2), hallándose también ejemplares



² Deseamos agradecer a doña Juana Márquez, responsable de la excavación del estadio en 1995, las facilidades dadas para el estudio de los hallazgos prehistóricos de esta excavación.



(1)



1_UE-55/1

(2)



LÁMINA 10

Estadio de fútbol. 1. Silo prehistórico. 2. Olla cerámica



cercanos en otros yacimientos pacenses de este mismo horizonte de las cazuelas carenadas como El Cerro de la Encina, en la comarca de Zafra (Jiménez y Muñoz, 1989-90: Fig. 4, 9) o El Lobo en Badajoz, que marca los momentos finales de esta etapa (Molina 1980, Fig. 10, 16). El poblado onubense de Papa Uvas (Aljaraque), que se suele referir como el yacimiento suroccidental guía de esta fase, también cuenta con algunos ejemplares de esa forma (Martín de la Cruz, 1985: Fig. 29, 64; 1986: Figs. 10, 8 y 40, 920). Menos frecuente resulta este tipo de vaso en los horizontes plenos y avanzados del Calcolítico suroccidental. Desgraciadamente, la publicación de materiales de yacimientos calcolíticos plenos de la Cuenca Media del Guadiana reviste un carácter siempre preliminar o sintético y no se cuenta con buenas seriaciones de formas. El yacimiento tipo de esta fase en el Guadalquivir andaluz podría ser Valencina de la Concepción, en Sevilla, donde esta forma no está representada, si bien es cierto que no se aleja de lo que en este asentamiento sevillano se reconocen como ollas periformes (Fernández y Oliva, 1985: Fig. 89, 57).

Por tanto, es muy posible que los restos prehistóricos del estadio de fútbol deban integrarse cronológicamente en el horizonte de las cazuelas carenadas, correspondiente a los últimos momentos del Neolítico y sea, consecuentemente, coetáneo al poblado de la Avenida de Juan Carlos I. El modelo de asentamiento que representa, en la ladera de una suave loma, no se aparta de lo que es característico en esta fase en el Valle Medio del Guadiana (Enríquez, 1990). La escasez de estructuras y de vestigios materiales, en oposición a lo que ocurre en el núcleo del Albarregas, invita a pensar en una pequeña ocupación estacional o dependiente de un

poblado mayor, quizá el propio poblado del Albarregas que a las superiores evidencias arqueológicas une algunas peculiaridades más propias de poblado extenso y estable como la proximidad a un curso fluvial.

3. Circo Romano

El Circo Romano de Mérida se encuentra en el área oriental de la ciudad, en un solar bajo, caracterizado al sur por una elevación del terreno y al norte por una suave pendiente hacia el valle del Albarregas que discurre a escasos metros. El lugar es considerado desde antiguo como zona eminentemente agrícola, destinada al laboreo del cereal, conocido como la Hoya de San Lázaro y cultivado hasta prácticamente nuestros días (Mélida, 1921: 14). Los suelos que definen la zona son de tipo arcilloso caracterizados por unas arcillas areniscosas que se depositan directamente sobre la roca natural diorítica, de tipo laminar pizarrosa.

Desde el año 1990 se vienen llevando a cabo en el Circo Romano campañas sistemáticas de excavaciones enmarcadas en el desarrollo del proyecto de investigación Zona Arqueológica del *Circo Romano de Mérida*³. Estas actuaciones se plantearon a raíz del desvío del antiguo trazado de la carretera Madrid-Portugal, que se superponía sobre el extremo noroccidental del yacimiento y se han venido sucediendo desde la mencionada fecha de una manera interrumpida. Los resultados de la campaña de excavaciones, llevada a cabo en los meses de julio a diciembre de 1993, tuvieron como principal objetivo la documentación de las estructuras arquitectónicas del graderío en el sector de la cabecera, iniciar el estudio de la barrera central junto a la *meta secunda* y completar en general la secuencia cultu-



3. Desde aquí nuestro agradecimiento al equipo director de las excavaciones del CRM por ofrecernos amablemente los datos que se recogen en este artículo.

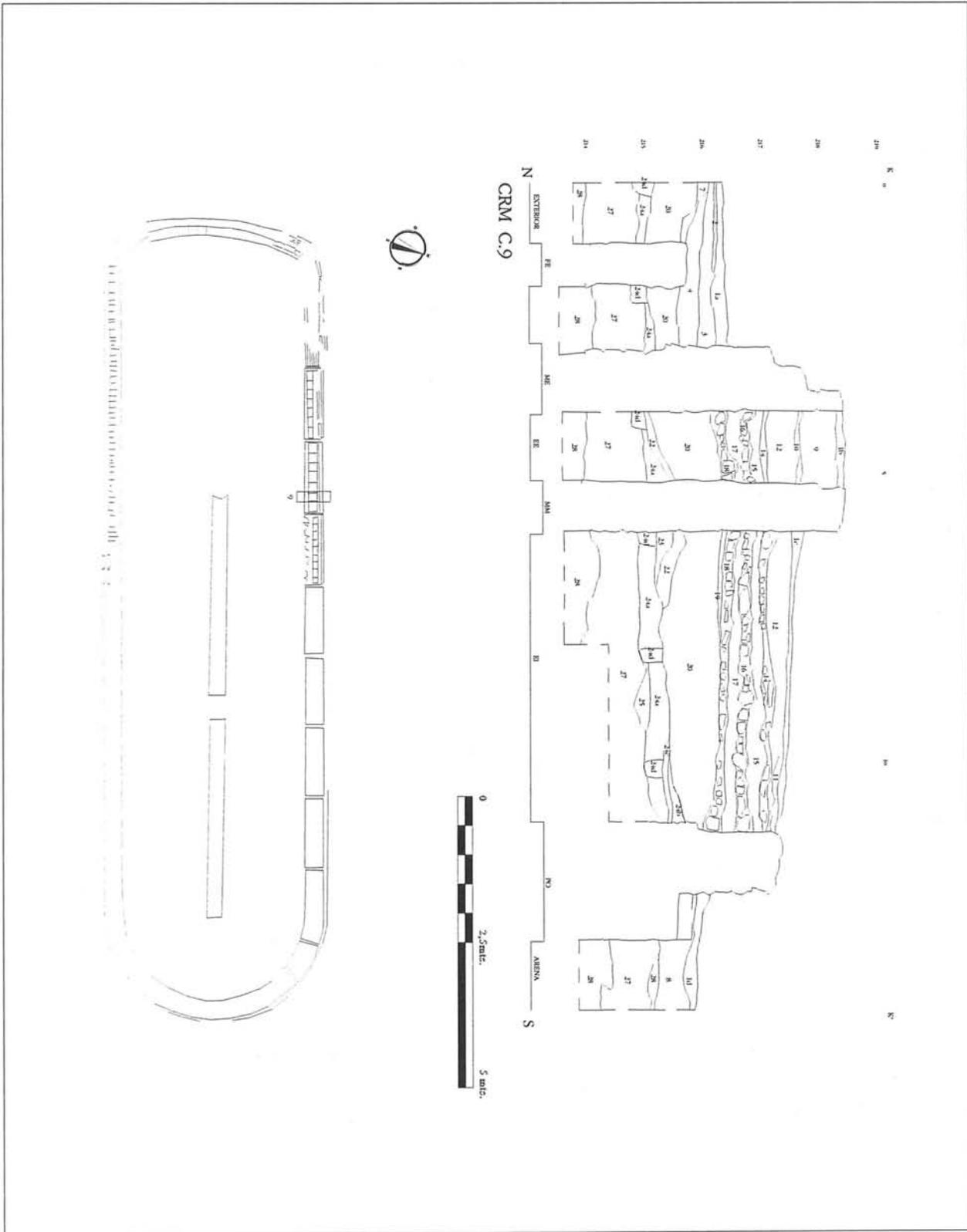


LÁMINA 11

Perfil estratigráfico del corte 9 de la excavación del circo con su situación dentro del yacimiento

ral del yacimiento. Para ello se llevó a cabo la apertura de cuatro cortes estratigráficos situados en los mencionados espacios. La excavación de uno de ellos permitió constatar por primera vez en el solar la evidencia de un nivel arqueológico anterior a la construcción del edificio que respondía a una ocupación de época prehistórica.

Con la finalidad de relacionar la estratigrafía con las estructuras arquitectónicas, se planteó el corte 9-9' situado en el graderío izquierdo, *cuneus* 3, el cual presentaba un desarrollo de norte a sur desde la Fachada Exterior hasta la Arena, ofreciendo la siguiente secuencia estratigráfica, que resumimos de manera breve (lámina 11):

UUEE 1 a 6: corresponden estos niveles a los vertidos de obras en época relativamente reciente y remociones de excavaciones antiguas.

UE 7: se trata de un suelo con abundantes restos de materia orgánica, anterior a las excavaciones efectuadas en el recinto en época de Mérida y Macías (Mérida, 1921: 11-17).

UE 8: nivel de tierra de color castaño que indica el uso del yacimiento en época postromana.

UUEE 9 a 22: recoge esta agrupación de unidades estratigráficas todos aquellos depósitos generados durante la construcción de las obras y levantamiento de muros del graderío en este sector.

UUEE 23 a 25: son aquellos niveles arqueológicos anteriores a la construcción del circo:

UE 23: pequeño nivelillo de tierra color castaño, en forma de cuña, de características similares a la UE 24a. Cubre directamente a la UE 24a y 24d y es cortada por la fosa de fundación del muro medio (MM).

UE 24a-24b: tierra de tonalidad castaño de tipo arcilloso muy compactada, con abundantes puntos de carboncillo lo que atestigua que fue un suelo vegetalmente activo. Los materiales recogidos son de cronología diversa; de un lado, se localizan cerámicas altoimperiales, y de otro, y en menor proporción, cerámicas facturadas a mano de época prehistórica.

UE 24c: se trata de un pequeño subnivel de escasa potencia que forma parte del suelo anterior a la construcción del circo del que difiere por poseer una mayor concentración de materia orgánica que le confiere una tonalidad más cenicienta.

UE 24d: se disponen, a una distancia entre sí aproximada de unos 1,70 m., un conjunto de pequeñas bolsadas que se introducen en la UE 24a. Poseen unas dimensiones de 20 cms. de diámetro y una altura que varía entre 20-30 cms.. Se caracterizan por tener una tonalidad más oscura que el propio suelo, carecer de materiales arqueológicos y por su elevado grado de compacidad. Es difícil precisar su funcionalidad ya que probablemente se encontraran totalmente arrasadas en época romana cuando se inicia la construcción del edificio.

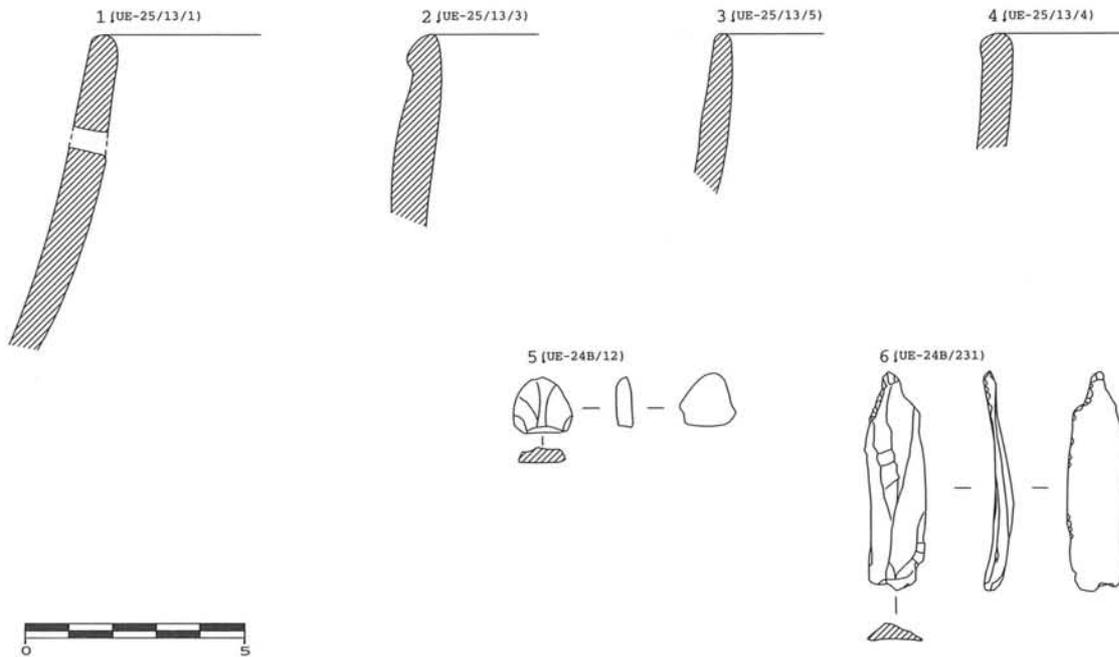
UE 25: está formada por un relleno de tierra de tonalidad castaña, suelta, que colmata una fosa simple excavada en el sustrato natural del terreno, que presenta un diámetro de unos 1,10 m., y una altura máxima de 29 cms. Los materiales extraídos corresponden a cerámicas toscas, fabricadas a mano con cocciones reductoras, cantos de ríos y lascas de cuarcita.

UUEE 26 a 28: se trata de todos aquellos niveles relacionados con el sustrato natural del terreno formado por arcillas, arenas y la propia roca natural descompuesta.

El análisis estratigráfico permite confirmar la existencia de unos elementos arqueológicos que indican una utilización del espacio en una época anterior a las construcciones de la etapa romana. La subestructura UE 25 corresponde a un tipo de estructura excavada en el suelo que puede ser interpretada como basurero, fosa o silo perteneciente probablemente a una zona de hábitat. Los materiales recogidos constituyen una escasa muestra (lámina 12, 2). Aparecen muy rodados, quizás lavados por el efecto del agua, y tendentes a desmoronarse con facilidad. Son cerámicas facturadas a mano, siendo más numerosos los fragmentos sin forma,



(1)



(2)

LÁMINA 12

Círco Romano. 1. Perfil estratigráfico del corte 9.2. Materiales prehistóricos



carentes todos ellos de elementos decorativos. Las cocciones son en su mayoría reductoras con desgrasantes gruesos o medios. En cuanto al material lítico, abundan los fragmentos de cantos de río y alguna lasca sobre soporte de cuarcita. Las formas cerámicas apuntan en su mayoría a recipientes de tipo cerrado con paredes ligeramente entrantes y con perforaciones de lañado en algún caso, sin que sea fácil su adscripción a algún período concreto de la Prehistoria Reciente. Dado el escaso número de materiales registrado y las características tipológicas de los mismos, poco decisivas para adscribirlos con precisión a un horizonte cultural determinado, se pueden valorar otros aspectos que ayuden a la interpretación de los restos arqueológicos exhumados. Una de las aportaciones de las campañas de excavaciones efectuadas en los recientes años en el circo romano fueron los resultados procedentes de la excavación y limpieza exhaustiva del "canal" o desagüe general del circo, así interpretado por Mérida (1925: 7). Se localiza éste en la Arena del circo, al oeste de la *meta secunda*, atravesando de sur a norte la cabecera del edificio. Se pudo constatar que se trata de una obra realizada simultáneamente con los graderíos ya que éstos se apoyan directamente en el citado canal que cierra en su parte superior con unas tapas gruesas de granito irregulares y toscas, carentes de sumideros o registros y totalmente cerradas, lo que dificultaría su función como tal desagüe, siendo más lógico interpretarlo como una obra de canalización para encauzar el acuífero que todavía en el momento en que se empieza a construir el circo debió tener un importante caudal que justificara semejante intervención (Montalvo y otros, 1997: 251). Es este factor de tipo hidrológico, sin olvidar por otro lado la proximidad del río Albarregas, el que pudo jugar un papel determinante y primordial para la elección de este emplazamiento en

época prehistórica. Posiblemente, y a falta de otros indicios que pueden resolver futuras excavaciones, podría encuadrarse en el Neolítico Final, dado el tipo de hábitat que caracteriza los poblados de este horizonte ubicados en zonas abiertas, llanas, terrenos fértiles aptos para el desarrollo por pequeñas comunidades de una economía agropecuaria y próximos a cursos de agua. A este respecto cabe también señalar la proximidad del poblado del Albarregas del que podría depender en alguna medida. No obstante, dada la dificultad que presenta la valoración de una muestra de material, cuantitativamente tan escasa y poco significativa, podría encuadrarse la misma dentro de un repertorio tipológico que puede caracterizar de una manera genérica un amplio horizonte cultural que iría desde el Neolítico Final a la Edad del Bronce.

4. Cerro del Calvario⁴

A principios de 1998 se realizó una intervención de urgencia en el solar número 45 de la calle Adriano (n.º de parcelario: 98165-09-91.N) motivada por la solicitud de obra del propietario del mismo presentada al Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida. Dicha intervención fue breve por las pequeñas dimensiones del recinto, 67 m², y la escasa potencia estratigráfica, que raramente superó el medio metro de altura hasta la roca natural.

La zona en la que se ubica el solar, denominada Cerro del Calvario, es una elevación caracterizada por la proximidad de la confluencia de los dos ríos que recorren la ciudad, el Guadiana y el Albarregas, cuyos cauces la bordean y limitan por sus lados norte y oeste; el cerrete sólo presenta cierta elevación respecto a los valles de ambos ríos (algo más de 20 m.), sin embargo, hacia el sur y este no es más que un leve alomamiento del terreno. Otra



⁴ En la primera parte de este mismo número se incluye el estudio de todos los restos aparecidos en este lugar.

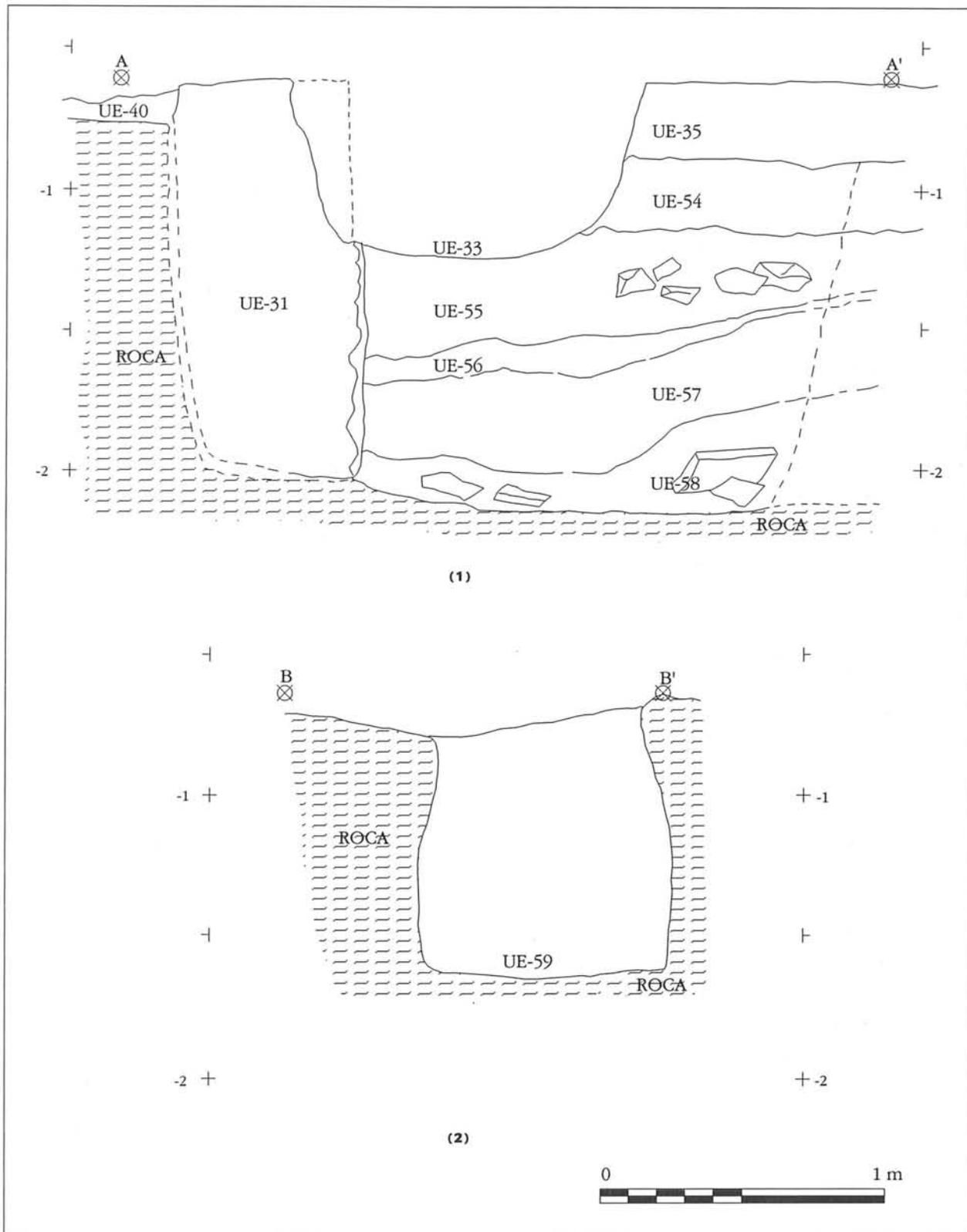


LÁMINA 13
Cerro del Calvario. Perfil estratigráfico del foso (1) y del silo (2)



característica topográfica importante es la escasa profundidad del Guadiana a su paso por Mérida, donde ensancha su recorrido y forma isletas centrales, por lo que tradicionalmente ha sido considerado una zona vadeable.

El sustrato geológico está formado por roca diorítica bastante descompuesta de color verdoso y con vetas blanquecinas, se trata de una piedra de poca dureza y muy exfoliable, apta como material constructivo a la vez que fácilmente extraíble.

La capa edafológica es hoy pequeña debido a la erosión y a los rebajes intencionados que en épocas romana y contemporánea ha sufrido la zona, si bien fue área de cultivo hasta el siglo pasado debiendo tratarse, por tanto, de un terreno relativamente fértil.

El enclave parece idóneo, como así lo ha recogido la literatura tradicional emeritense, para la ubicación de un poblado prehistórico.

La erosión sufrida en el Cerro del Calvario ha provocado que los acúmulos de tierra sean muy escasos habiéndose hallado aquí tan solo 60 cms. de potencia media hasta la roca geológica. Esto, unido a las alteraciones del espacio, efectuadas sobre todo en época romana, ha dado como resultado que el sedimento de época calcolítica esté muy alterado y aparezcan sólo subestructuras y estratos sin contacto entre ellos.

Los restos constructivos hallados son dos subestructuras y un estrato horizontal depositado sobre la roca. Debido a las pequeñas dimensiones del solar, todas las unidades aisladas debieron excavarse parcialmente sin posibilidad de ampliación para completar las plantas.

Una de estas subestructuras documentadas (UE 59) era de un agujero de sección cilíndrica, base plana y planta circular (lámina 13, 2), que conservaba 94 cms. de altura y un diámetro máximo de 70 cms. (aunque es probable que el punto de mayor diámetro quedase bajo la zona no excavada) horadado en la roca natural. Su relleno (UE 53) estaba compues-

to por una tierra muy plástica grisácea con algunos materiales orgánicos: huesos de animales, carboncillos, etc., más abundantes en el fondo; a media altura existían varias piedras de mediano tamaño, entre las que se recuperó una molineta barquiforme y algunos cantos de río. Parece que su utilidad puede relacionarse con el almacenamiento de alimentos (silo), aunque posteriormente debió usarse como basurero.

La otra subestructura hallada quedó menos definida tanto por la interferencia ocasionada por las medianeras del solar cuanto por la incidencia que sobre ella ejercieron las construcciones de época romana (lámina 13, 1), habiéndose exhumado tan sólo una zona en forma de "L". A excepción de una parte del fondo (UE 60) no conservamos ninguno de los límites reales de la misma. Sin embargo, la acumulación de una serie de paquetes de tierra con materiales calcolíticos depositados en el interior de esta subestructura, parecen confirmar su existencia. Se trata de un enorme agujero de fondo plano, excavado en el suelo natural de al menos 1,40 m. de altura respecto a la roca circundante. La anchura máxima documentada es de 1,60 m., sin que hayamos llegado a ver el final de la misma hacia el norte; así sucede también con su longitud: sólo hemos excavado 80 cms., pero ninguno de los dos límites son reales. Estas medidas parecen grandes para tratarse de un silo, teniendo en cuenta que los límites por el norte, este y oeste no están completos y que, por tanto, sería aún mayor. Además, la diferencia de altura entre la roca de la superficie y la del fondo de casi metro y medio le da una profundidad muy superior a la de la anterior subestructura expuesta. Parece más probable identificar esta estructura con un foso que discurriría en dirección este-oeste circundando la zona más elevada de la loma. Lo más probable es que su sección fuera en forma de U y su anchura superior al metro y medio.

En el relleno de esta subestructura distinguimos cuatro estratos diferentes (unidades 55 a 58). En la



LÁMINA 14

Cerro del Calvario. Vista del foso calcolítico, con los ladrillos de adobe, durante la excavación

más profunda aparecieron gran cantidad de adobes grises y rojizos, con trocillos de carbones imbricados (lámina 14). Uno de los ladrillos, de forma prismática, proporcionó unas dimensiones de 34 x 16,5 x 7,5 cms. Formando parte del mismo estrato se recogieron algunas pellas de barro. La unidad estratigráfica que se le superponía estaba compuesta por una tierra rojiza entre la que se recogieron algunas conchas. Sobre ello se disponía un fino estrato de tierra negruzca apelmazada con fragmentitos de roca y cantos de río dispersos. El estrato superior estaba formado por tierra muy plástica y arcillosa de tono gris con algunas piedras. Parece que la colmatación procede de la destrucción de estructuras próximas.

Por último, hallamos un estrato de tierra muy plástica de unos 10 cms. de grosor, depositado horizontalmente sobre las irregularidades de la roca y no asociado a ninguna estructura. De él se extrajo poca cerámica pero sí algunas pellas de barro (UE 26).

El material, en términos absolutos, es escaso aunque no lo es proporcionalmente a la cantidad de tierra extraída durante la excavación. Destaca, como siempre, la cerámica, toda ella muy fragmentada. Menos abundantes son los elementos líticos, destacando una molineta y varias lascas y núcleos con retoques. No se halló ninguna pieza metálica ni de hueso trabajado, aunque sí fueron relativamente numerosas las pellas de barro con improntas de cañas.

Todo el material cerámico hallado está confeccionado a mano y carece de decoración. En total se han inventariado 37 fragmentos cerámicos con forma de los cuales sólo dos no son de vajilla. Del resto casi todos corresponden a bordes excepto dos fragmentos de base. Esto podría indicar que la mayor parte de los fondos fuesen curvos.

Las cocciones predominantes son irregulares o reductoras, las pastas presentan desgrasantes abundantes de naturaleza mineral, sobre todo cuarcítico; las superficies están generalmente bien tratadas, con alisados finos y, en alguna ocasión, con almagre. También se han documentado algunos fragmentos de cocciones oxidantes y desgrasantes finos que pertenecen al repertorio denominado de "paredes finas".

En el elenco formal hay que destacar la ausencia de cazuelas carenadas típicas, pues no se debe considerar como tal un fragmento de vaso carenado hallado en la unidad 34 dadas sus reducidas dimensiones y su atipicidad (lámina 15, 1).

Los platos/fuentes de bordes engrosados y almendrados sí son elementos bien documentados, pues se han recuperado varios ejemplares que suponen un 13,1 por ciento del muestreo (lámina 15, 2-6;

17, 2). Los perfiles documentados pertenecen a tipos evolucionados dentro de la secuencia típica de estos vasos, documentándose raramente verdaderos platos almendrados (lámina 15, 3) y más frecuentemente platos reforzados con escasa indicación del borde (lámina 15, 4-6). Estas constataciones nos llevan a rastrear los paralelos más próximos en los horizontes propios del Calcolítico Pleno-avanzado que en la Vega Media del Guadiana está representado, fundamentalmente, por el yacimiento precampaniforme de Los Cortinales, en Villafranca de los Barros (Gil-Mascarell y Rodríguez, 1987; 1988), sin perjuicio de la documentación de estos vasos en todo el período Calcolítico en yacimientos típicos como Valencina de la Concepción (Sevilla), estando cercanos a los allí denominados bordes vueltos, siendo los porcentajes de los materiales recogidos de su zanja de perfil en U semejantes a los nuestros (Fernández y Oliva, 1985: 85); La Pijotilla (Hurtado, 1988) o en el recientemente publicado Povoado dos Perdigoões, en Reguengos (Lago y otros, 1998: 83). Los índices estadísticos también nos aproximan a una fase avanzada dentro de la Edad del Cobre, pues los niveles que estos platos presentan en la fase plena suelen ser más elevados. Así ocurre, por ejemplo, en los poblados de la zona emeritense (Los Olivares, Las Viñas, China, Cerro Calvario o Cerro Oliva) en donde los platos son la pieza más abundante (Enríquez, 1990). En cambio, en la fase campaniforme disminuye su presencia, dejando de ser la forma más representada, a la vez que se documenta la aparición de vasos de paredes finas y otras formas nuevas. Pero además parece detectarse una evolución de los perfiles tanto en las formas engrosadas como en las almendradas pareja a la que puede documentarse en el cerro del Calvario (Enríquez, 1990: 197).

Proporcionalmente hay un claro predominio de las ollas cerradas que rozan el 20 por ciento (lámina 17, 2). Las ollas más abundantes son las globulares. Numéricamente destacan las esféricas de boca cerrada, tipo 4 de los vasos de Enríquez (1990: Fig.

20), de las que contamos con cuatro ejemplares (lámina 16, 6-8 y 10) y las de paredes reentrantes, tipos 2 y 3 de Enríquez (1990: Fig. 20), presentes con cuatro piezas (lámina 16, 2-5); por último se ha recogido un sólo ejemplar de otro tipo de olla que se corresponde con la forma 5A de los vasos de Enríquez (1990: Fig. 20) (lámina 16, 9). Los tipos 2, 3 y 4 son muy frecuentes y numerosos en la mayor parte de los poblados de la Cuenca Media del Guadiana; los dos primeros rebasan la cronología del Calcolítico, aunque con tendencia a ser sustituidos en época precampaniforme por vasos de paredes rectas; el tipo 4 es también una forma que evoluciona poco a lo largo de todo el período, con lo cual su valor cronológico es escaso. La tipología de ollas rescatada parece evidenciar que nos halleemos en un momento avanzado del período, pues carecemos de los perfiles en forma de saco con o sin mamelones que caracterizaron el momento anterior.

Los vasos y cuencos están en el enclave emeritense bien representados. Merece especial atención el tipo 7 de Enríquez (1990) por tratarse de un tipo poco común, del que se ha hallado un ejemplar en la UE 57 (lámina 15, 8). En cuanto a los cuencos, el escaso desarrollo que conservamos de sus paredes impide reconocer los tipos; el leve engrosamiento que presentan dos de ellos en el labio (lámina 15, 15 y 16), ligeramente reentrantes, parece poder relacionarlos respectivamente con los tipos 2 y 3E de Enríquez (1990). Hasta ahora no se les atribuye valor cronológico estando presentes durante todo el período Calcolítico. Tenemos un ejemplar de cuenco de paredes finas (lámina 15, 14). Este tipo aparece en contextos precampaniformes en un porcentaje muy bajo, que sube en yacimientos con material campaniforme y en conjuntos avanzados sin este material como son Los Cortinales; el hecho de que hayamos recogido un fragmento puede resultar significativo en una muestra tan reducida.

Por último, existen algunas formas carenadas que podemos calificar de escasamente típicas como

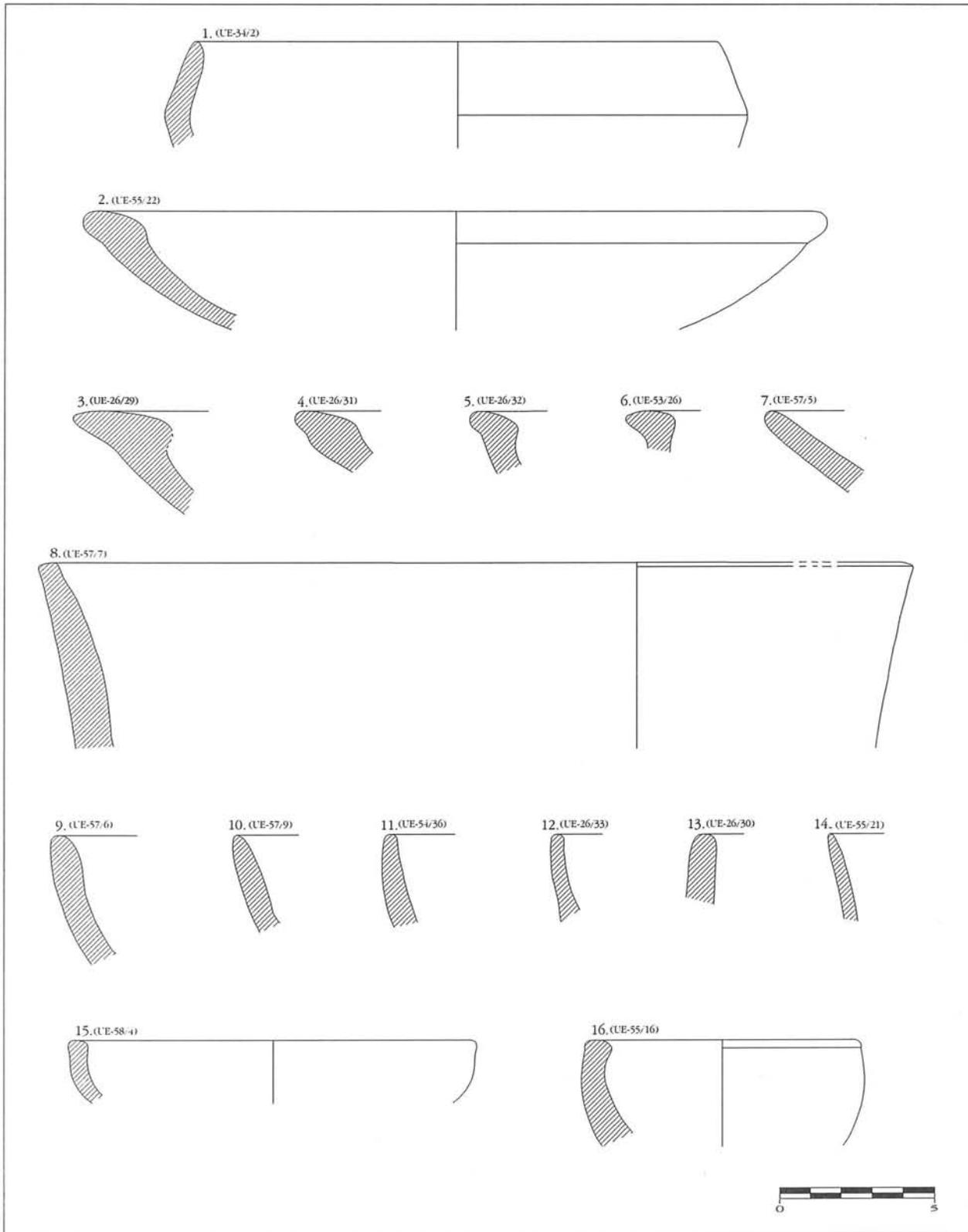


LÁMINA 15
Cerro del Calvario. Materiales cerámicos calcolíticos



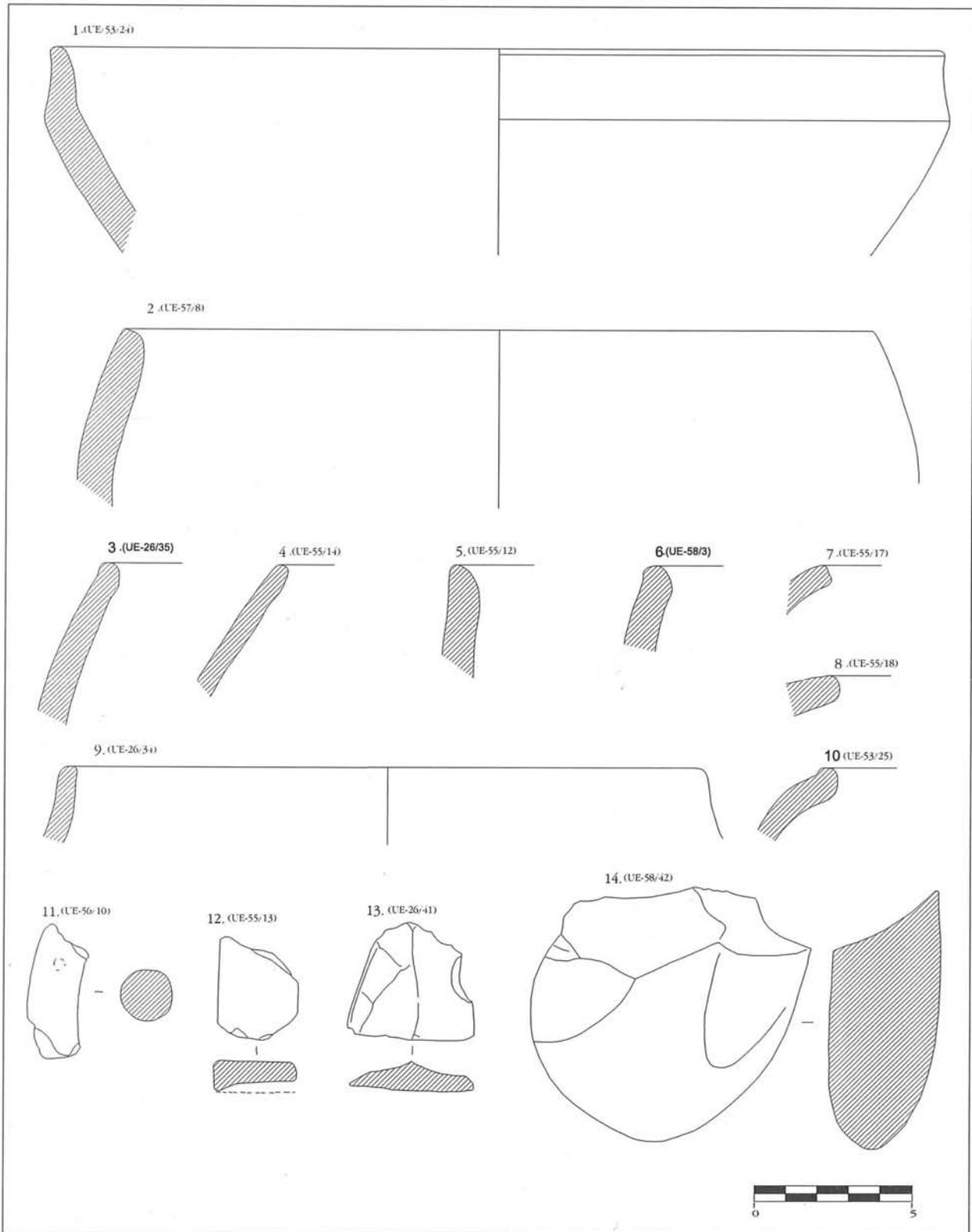


LÁMINA 16

Cerro del Calvario. Materiales calcolíticos cerámicos y líticos

un pequeño vaso ya comentado (lámina 15, 1) o una cazuela de carena alta no alejada por su perfil de algún vaso analizado en el yacimiento de la Avenida Juan Carlos I (lámina 16, 2). A pesar de la atipicidad de estas formas están representadas en algunos yacimientos calcolíticos tan típicos como el de Valencina de la Concepción (Fernández y Oliva, 1985: Figs. 35, 24).

Además de los objetos de vajilla tenemos un fragmento de placa de barro de sección rectangular y otro de "creciente" de sección cilíndrica, elementos igualmente característicos de los horizontes culturales del Cobre meridional.

La muestra de piedra tallada recogida se reduce a nueve lascas y núcleos con retoques de naturaleza cuarcítica de tamaño grande, lo que podría indicar que nos hallásemos en una zona de talla.

Para finalizar con el repaso a la ergología contamos con un fragmento de molino de vaivén de piedra granítica, elemento ampliamente representado en la mayor parte de los yacimientos del período y que nos pone en relación con la explotación agrícola del entorno.

En resumen, el repertorio de materiales nos lleva a un momento avanzado del período Calcolítico. Así lo indican la aparición de paredes finas, la total ausencia de formas carenadas antiguas, el porcentaje no muy elevado de platos de borde engrosado-almendrado o la propia tipología de éstos, si bien la ausencia de cerámica campaniforme no permite incluirlo en esta fase final. Parece, por tanto, similar tipológicamente a la secuencia del poblado de Los Cortinales (Villafranca de los Barros), correspondiente a una fase Pleno-avanzada del Calcolítico.

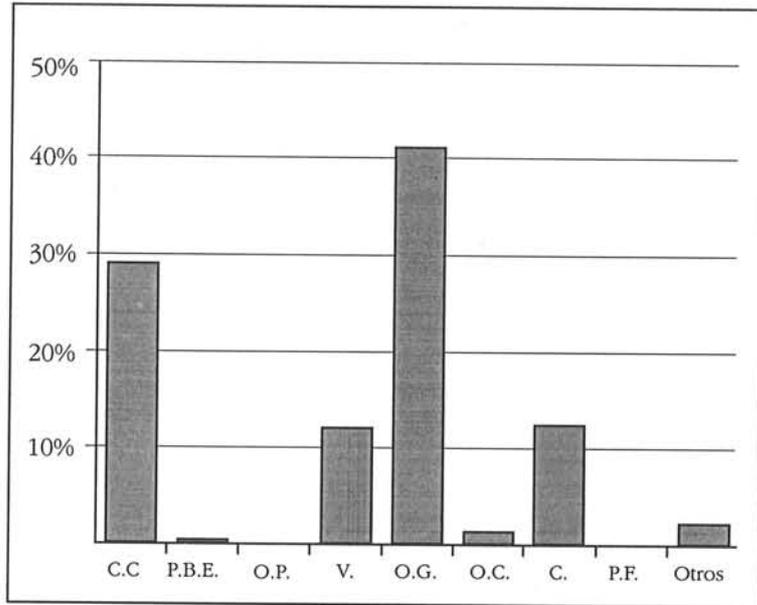
A pesar de los pocos datos con los que contamos, se puede afirmar que nos hallamos ante los restos de un poblado, situado en un alomamiento del terreno existente en el ángulo cerrado que forma la desembocadura del Albarregas en el Guadiana; morfológicamente se integraría en los del tipo 2 de Enríquez (1990: 91-92).

En la elección del enclave concreto del poblado parece determinante su situación junto a un punto vadeable del río Guadiana, estando quizá relacionado con el control de ese paso natural, siendo probable que el propio curso del río también se utilizase como vía de comunicación. Por otra parte, tanto al norte como al oeste su presencia podría haber funcionado como barrera natural en caso de peligro. La loma, aunque no es muy elevada, permite tener un relativo dominio visual del entorno, pues no hay en las proximidades cerros elevados que lo impidan.

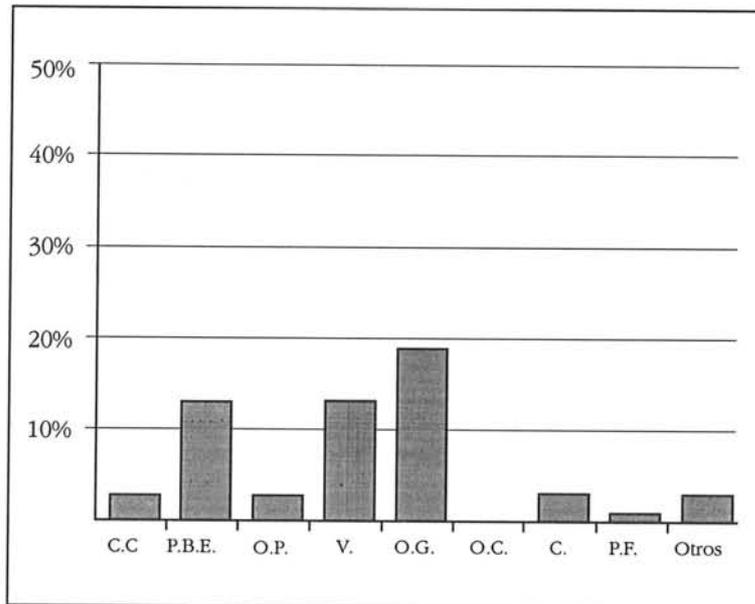
Carecemos de datos para poder estimar las dimensiones del poblado. Los restos aparecidos se encuentran en el extremo occidental de la plataforma más elevada del cerrete, pero excavaciones recientes realizadas en la misma zona no han dado resultados positivos en ese sentido (Sánchez, 1997; Barrientos, 1998).

Las estructuras documentadas cuentan con abundantes paralelos entre los yacimientos del período. Así para el silo pequeño tenemos ejemplos de dimensiones similares en Los Cortinales (Gil-Mascarell y Rodríguez, 1987). Estas pequeñas subestructuras han sido interpretadas como sepulturas, hoyos de incineración, basureros, fondos de cabaña, fuegos o ceniceros según los restos hallados en su interior o su situación dentro de los poblados. En nuestro caso, el hallazgo de una molineta y la ausencia de evidencias que apunten en otra dirección nos inclina a pensar que se tratase de un silo utilizado después como basurero, como parece indicarlo la presencia de huesos de animales. Los pequeños silos podrían indicar la existencia de excedentes alimentarios (Hurtado, 1995: 62).

El foso también es una estructura frecuentemente documentada en otros poblados del período como son: La Pijotilla, Los Cortinales, Valencina de la Concepción, Sta. Vitoria (Dias, 1996) o Povoado dos Perdigões. En algunos de éstos se documentan varios fosos de forma concéntrica con secciones en U o en V. Las dimensiones de estas estructuras son



(1)



(2)

LÁMINA 17

Diagramas de frecuencia de las formas cerámicas de la Avda. Juan Carlos I (1) y del Cerro del Calvario (2).
 Clave: CC: cazuelas carenadas; PBE: platos de borde engrosado; OP: otros platos; V: vasos; OG: ollas globulares;
 OC: ollas carenadas; C: cuencos; PF: paredes finas

muy diversas, desde los casi 4 m. de profundidad y 3 m. de anchura en el Povoado dos Perdigões hasta el metro y medio de profundidad y 2 m. de anchura en Valencina. La función de estos fosos está aún por determinar pero parece que los anillos exteriores abarcan al completo los yacimientos incluyendo las zonas de enterramientos y los interiores delimitarían la zona de hábitat. Así se ha documentado en la Pijotilla o en Povoado dos Perdigões. En éste último y en Valencina se interpretaron como canalizaciones de aguas y abrevaderos de ganados (Lago y otros, 1998: 145 y Fernández y Oliva, 1985: 114). Se descarta actualmente su utilidad defensiva considerándose mas bien un elemento de protección y seguridad de los recursos alimenticios (Hurtado, 1995: 62). El pequeño tramo que hemos podido excavar de este supuesto foso nos lleva a extremar la prudencia en cuanto a su interpretación. En este sentido hay que tener presente la posibilidad de que se trate tan sólo de un gran silo, de los que tenemos ejemplos en los Cortinales (1,60 m. de profundidad y 2,15 m. de diámetro) o también en Valencina de la Concepción (0,55 m. de profundidad y 1,40 m. de diámetro).

En cuanto a la economía y dedicación del poblado, la aparición de una molineta y de un pequeño silo son indicios que ponen de manifiesto la explotación cerealística de la tierra y la acumulación del alimento en unidades pequeñas de carácter

no comunal. Asimismo, la tipología más abundante de cerámica ya no son las grandes cazuelas que manifiestan un hábito colectivo en la alimentación, sino ollas y cuencos de tamaños más reducidos que parecen evidenciar una tendencia diferente (Hurtado, 1995: 72).

Los yacimientos con los que las estructuras emeritenses tienen coincidencias se sitúan *grosso modo* en el Calcolítico, con cronologías similares: 2500-2000 a. C. para la fase precampaniforme de la Pijotilla o 2600-2000 a. C. para Valencina de la Concepción, aunque la aparición de fosos y silos en los poblados es una tradición que viene desde el Neolítico Final. Sin embargo, según la tipología del material, habría que incluir este poblado en un momento avanzado de la secuencia paralelizable a Los Cortinales al que se le da una cronología entre 2000-1800 a. C. En ambos casos la carencia de cerámicas campaniformes dificulta llevarlos al momento final de período. En este sentido hay autores que afirman que el precampaniforme podría perdurar en el II milenio en ciertas zonas aunque en otras ya hubiese aparecido la cerámica campaniforme (Enríquez, 1990). Pero según Hurtado (1995: 59, nota 2) los porcentajes de este tipo de cerámicas suelen ser bajos por lo que dada la escasez de materiales con los que contamos procedentes del yacimiento emeritense del Calvario no se podría descartar su aparición en futuras intervenciones.

– 2 –

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Las recientes excavaciones arqueológicas desarrolladas por el equipo del Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida han venido a incrementar el conjunto de referencias que se tenían sobre la Mérida anterromana, inaugurando una nueva etapa en esta faceta investigadora marcada por la contextualización de los datos y, por tanto, por la plena segu-

ridad de la procedencia de las evidencias prehistóricas y de su significación. Al contrario de lo que sucedía hasta los años ochenta, en que los descontextualizados objetos y conjuntos de objetos apuntaban hacia una ocupación en el Primer Milenio a. C., algo anterior a la fundación romana, la mayoría de los restos anterromanos procedentes de las exca-



vaciones realizadas en el solar urbano de Mérida evidencian una ocupación notablemente más antigua, correspondiente al Neolítico Final y al Calcolítico, situable, por tanto *grosso modo* en el Tercer Milenio a. C. No hemos de olvidar, no obstante, la presencia de restos prehistóricos correspondientes a la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro fechados en el siglo VIII a. C. bien documentados en la zona arqueológica de Morería y ya dados a conocer en esta misma sede (Jiménez y Barrientos, 1997).

Los restos más abundantes y, quizá por ello, los más significativos, proceden de un solar situado en la Avenida Juan Carlos I, que debieron corresponder a un poblado abierto próximo al Albarregas y correspondiente al «Horizonte de las cazuelas carenadas» situable, por lo tanto, en los últimos momentos del Neolítico. Se han documentado algunas subestructuras que confirman el carácter estable de la ocupación que podía detraerse de la gran cantidad de material cerámico a mano recuperado, entre el que destacan las típicas cazuelas de carena baja que han sido adoptadas para denominar esta fase de la prehistoria suroccidental. Aunque estamos lejos de poder conocer la extensión y la organización interna del asentamiento, todo hace pensar que se trataría de un pequeño poblado abierto que aprovecharía la feracidad del valle del Albarregas para realizar actividades agropecuarias que serían las prioritarias entre las que desarrollara la población del yacimiento y las que determinarían su emplazamiento en llano. De este poblado proceden, con total seguridad, los materiales de este mismo horizonte que aparecieron en la excavación de un solar cercano, entre el relleno de una necrópolis de mausoleos de época romana (Enríquez y Gijón, 1989).

Mucho menos elocuentes son los restos prehistóricos hallados en el Circo Romano y en las excavaciones de urgencia realizadas en el estadio de fútbol, aunque unos y otros proceden de estratos inalterados. Los restos del Circo –un conjunto de cerá-

micas elaboradas a mano acompañados de algunos vestigios de industria lítica– son, por su escasa significación, difíciles de fechar, admitida, en todo caso, su condición de materiales prehistóricos. La elección de un lugar llano y bien irrigado como el que después sería ocupado por el gran edificio de espectáculos, anima a pensar en una datación tardoneolítica, coetánea en sus líneas generales a la del poblado de la Avenida Juan Carlos I, aunque las características técnicas de las pastas cerámicas e, incluso, el menguado repertorio de formas constatado, no reproduzca lo más típico de este momento. También hemos preferido situar en torno al horizonte de las cazuelas carenadas la ocupación prehistórica del estadio de fútbol, constituida por un fondo de silo en el que apareció una pequeña olla elaborada a mano. Tanto la forma como las características técnicas de este objeto están más próximas a la ergología habitual de la prehistoria reciente suroccidental, aunque el modelo de poblamiento en una pequeña loma alejada de cauces fluviales sea, en este caso, menos típico. La zona se convirtió en área industrial y cimiterial a partir del siglo III, y estos usos debieron afectar ya a la conservación de las estructuras prehistóricas que se hallaban muy arrasadas. No obstante, la escasez de materiales prehistóricos (un único vaso) recuperados en esta intervención que movió una gran cantidad, de tierra lleva a pensar en una pequeña ocupación de carácter temporal o estacional más que en un poblado estable o concentrado.

Los hallazgos producidos en la cúspide del denominado Cerro del Calvario en 1997 han venido a enriquecer el panorama de la prehistoria emeritense en una zona tradicionalmente considerada como la más proclive a acoger una habitación anterior a la fundación augustea. Bajo las estructuras romanas se han hallado subestructuras y materiales encuadrables en un momento ya avanzado del Calcolítico, como denota la presencia de platos de borde engrosados muy evolucionados y el decremento

porcentual de esta forma respecto de otras como las ollas o los cuencos. Las estructuras documentadas, excavadas en la blanda greda, responden a lo que es propio de este período: silos y zanjas, sin que las condiciones de la excavación urbana hayan permitido documentar de manera pormenorizada el trazado y extensión de estas últimas, ni, por tanto, aportar novedades a los problemas planteados a la investigación de este tipo de construcciones, amén de constatar una vez más su presencia. Sea como fuere, el modelo de ocupación ahora elegido se distancia en algunos aspectos del que había caracterizado la fase ilustrada por los poblados de la zona del Albarregas: el poblado del Calvario se instala en una elevación destacada del entorno circundante, más fácilmente defendible que los llanos tardoneolíticos. A la indudable importancia que en la elección de este emplazamiento haya podido tener la potencialidad agrícola de la zona se unen ahora otros condicionantes como el dominio del espacio y el control topográfico de accidentes importantes, en este caso la confluencia del Albarregas y el Guadiana en una zona próxima a los vados de este último río.

Por último, como valoraciones generales que los nuevos datos de la prehistoria emeritense aportan al conocimiento de estas fases remotas en el ámbito más amplio de la Cuenca del Guadiana cabe destacar: 1) en primer lugar la intensidad en la ocupación. En un espacio tan restringido como el actual casco urbano de Mérida y en un lapso temporal tan breve como lo son diez años de excavaciones, se han documentado cuatro puntos con restos de ocupación de la Prehistoria Reciente. A ellos hay que sumar los aún inéditos datos de Morería y los que la

continuación del trabajo de campo pueda deparar en el futuro. Es obvio, por otra parte, que el trabajo metódico y totalista que se pretende con la dinámica de las intervenciones urbanas lleva sus resultados más allá del propio conocimiento de la ciudad romana y post-romana. 2) En segundo lugar, y esta constatación se debe hacer aún a título de hipótesis, la existencia en el horizonte Neolítico Final de pequeñas unidades de ocupación de carácter temporal o estacional tal vez dependientes de poblados concentrados de mayor entidad. A este tipo de hábitats tal vez correspondieran los restos del Circo y, más claramente, los del estadio de fútbol, si bien por su propia naturaleza apenas permiten una mínima caracterización. 3) Por último, se constata en los yacimientos emeritenses una tendencia ya detectada en otras zonas próximas como la comarca de Zafra (Jiménez y Muñoz, 1989-90) y, con carácter general, en todo el Valle del Guadiana: a lo largo de Tercer Milenio el modelo de poblamiento en llano se enriquece y transforma con la aparición de otras formas de ocupación que no sólo se justifican por las necesidades básicas de la subsistencia grupal, sino por unos deseos de dominio y control del espacio que materializan los primeros intentos de territorialización conocidos en la zona (Enríquez 1995; Hurtado 1995). El asentamiento calcolítico del Cerro del Calvario constituye la manifestación más clara de este fenómeno histórico en el ámbito emeritense. Si se acepta la funcionalidad protectora que en ocasiones se ha propuesto para las zanjas que hienden los asentamientos de este horizonte, encontraremos aún más fuertes testimonios de este proceso sociopolítico que afectó a las comunidades calcolíticas del Guadiana Medio hace cuatro mil años.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, BPH XIV, Madrid.
- BARRERA, J. L. de la (1989): "Hallazgos de sepulturas de época romana en Mérida", *Anas* 2-3, pp. 229-248.
- BARRIENTOS, T. (1998): "Intervención arqueológica en el solar de la C/ Adriano, 62. El Cerro del Calvario", *Memoria. Mérida, excavaciones arqueológicas 1996*, pp. 27-54.
- BISI, A. M.^a (1980): "La diffusion du «Smiting God» syro-palestinien dans le milieu phénicien d'Occident", *Karthago* XIX, pp. 5-14.
- (1986), "Le «Smiting God» dans les milieux phéniciens d'Occident: un reexamen de la question", *Religio Phoenicia. Studia Phoenicia* IV, pp. 169-187.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1976): "Bronces de la Mérida prerromana", *Emerita Augusta. Actas del Bimilenario*, pp. 11-18.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1989), "El poblado calcolítico de Santa Engracia. Badajoz", *REE* XLV, pp. 282-325.
- DIAS, A. C. (1996): *Elementos para o estudo da sequência estratigráfica e artefactual do povoado calcolítico de Santa Vitória*. Dissertação de mestrado policopiada. Porto. Faculdade de Letras da Universidade. (Citada en Lago y otros 1998.)
- ENRÍQUEZ, J. J. (1981-82): "Avance al estudio de los materiales procedentes de Araya. Mérida (Badajoz)", *Pyrenae* 17-18, pp. 191-202.
- (1988) "Informe sobre las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento de Araya, Mérida (Badajoz), 1983 y 1984", *Extremadura Arqueológica* I, pp. 11-19.
- (1990) *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: Los poblados*, Publicaciones del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz 2.
- (1995) "Del Paleolítico a la Edad del Bronce", *Extremadura Arqueológica* IV, pp. 13-34.
- (1997) "La Mérida prerromana y el poblamiento pre y protohistórico de su comarca", *Mérida Ciudad y Patrimonio. Revista científica* 1, pp. 29-44.
- ENRÍQUEZ, J. J., y GIJÓN, M. E. (1987): *Arqueología urbana en Mérida. La necrópolis del Albarregas*, Mérida.
- (1989) "Los materiales prehistóricos de la necrópolis del Albarregas y el horizonte de las cazuelas carenadas de la transición del Neolítico-Calcolítico en la provincia de Badajoz", *REE* LXV,1, pp. 81-95.
- ESCACENA, J. L. (1994): "Acercas de la producción de sal en el Neolítico andaluz", *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*, pp. 91-118.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., y OLIVA, D. (1985): "Excavaciones en el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). El corte C (La Perrera)", *NAH* 25. 7-132.
- FORRER, R. (1932): "Les chars culturels préhistoriques et leur survivances aux époques historiques" *Prehistoire I*, pp. 19-123.
- GIL-MASCARELL, M., Y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1987): "El yacimiento calcolítico de 'Los Cortinales' en Villafranca de los Barros (Badajoz)", *Archivo de Prehistoria Levantina XVII (Homenaje a D. Domingo Fletcher Valls, I)*, pp. 123-145.
- (1988) "Los Cortinales, un yacimiento calcolítico en Villafranca de los Barros (Badajoz)", *Extremadura Arqueológica* I, pp. 55-68.
- HIBBS, W. (e.p.) "A phoenician Bronze from Western Spain", *VIII Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Córdoba 1976.
- HURTADO, V. (1986) "El calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana y la necrópolis de la Pijotilla", *Revista de Arqueología* 14, pp. 83-103.
- (1988) "Informe sobre las campañas de excavaciones en La Pijotilla (Badajoz)", *Extremadura Arqueológica* I, pp.35-54.
- (1991) "Informe de las excavaciones de urgencia en La Pijotilla. Campaña de 1990", *Extremadura Arqueológica* II, pp. 45-67.
- (1995), "Interpretación sobre la dinámica cultural en la Cuenca Media del Guadiana (IV-II milenio a.n.e.)", *Extremadura Arqueológica* V, pp. 53-80.
- JIMÉNEZ, J., y BARRIENTOS, T. (1997): "Los silos de Morería y otros datos sobre la transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en la provincia de Badajoz", *Mérida, excavaciones arqueológicas 1994-1995*. Memoria, pp. 223-244.
- JIMÉNEZ, J., y MUÑOZ, D. (1989-90): "Aportaciones al conocimiento del Calcolítico de la Cuenca Media del Guadiana: La comarca de Zafra", *Norba Historia* 10, 1989-90, pp. 11-39.
- LAFUENTE, M. (1887): *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Madrid.
- LAGO, M.; DUARTE, C.; VALERA, A., y otros (1998): "Povoado dos Perdighões (Reguengos de Monsaraz) dados

preliminares dos trabalhos arqueológicos realizados em 1997". *Revista Portuguesa de Arqueologia*, vol. 1, nº 1. pp. 45-152.

MÁRQUEZ, J. (1997): "Intervención en el interior del estadio de fútbol", *Memoria. Mérida, excavaciones arqueológicas 1994-1995*, pp. 80-90.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1985): *Papa Uvas I (Aljaraque, Huelva), Campañas de 1976 a 1979*, EAE 136.

– (1986) *Papa Uvas II*, EAE 149.

MÉLIDA, J. R. (1921): *Excavaciones en Mérida*, MJSEA 39.

– (1925) *Excavaciones en el circo romano de Mérida*, MJSEA 72.

MÉLIDA, J. R., y MACÍAS, M. (1929): *Excavaciones en Mérida*, MJSEA 98.

MOLANO, J., y ALVARADO, M. (1993): "El enterramiento de la calle Circo Romano, n.º 10: aportación al

conocimiento de las tumbas con tubo de libaciones en Augusta Emerita", *Anas* 4-5, pp. 171-174.

MOLINA LEMOS, L. (1980): "El poblado del Bronce I de «El Lobo» (Badajoz)", *NAH* 9, pp. 91-130.

MONTALVO, A. M.; GIJÓN, M. E., y SÁNCHEZ PALENCIA, J. (1997): "Circo Romano de Mérida. Campaña de 1995", *Memoria. Mérida, excavaciones arqueológicas 1994-1995*, pp. 245-258.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, G. (1997): "Intervención en un solar de la C/ Augusto, n.º 3", *Memoria. Mérida, excavaciones arqueológicas 1994-1995*, pp. 128-134.

SILVA, C. T., y SOARES, J. (1976-77): "Contribuição para o conhecimento dos povoados calcolíticos do Baixo Alentejo e Algarve", *Setubal Arqueológica* II-III, pp. 179-272.

VALDÉS, F. (1979): "Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz", *REE* XXXV, pp. 337-352.



